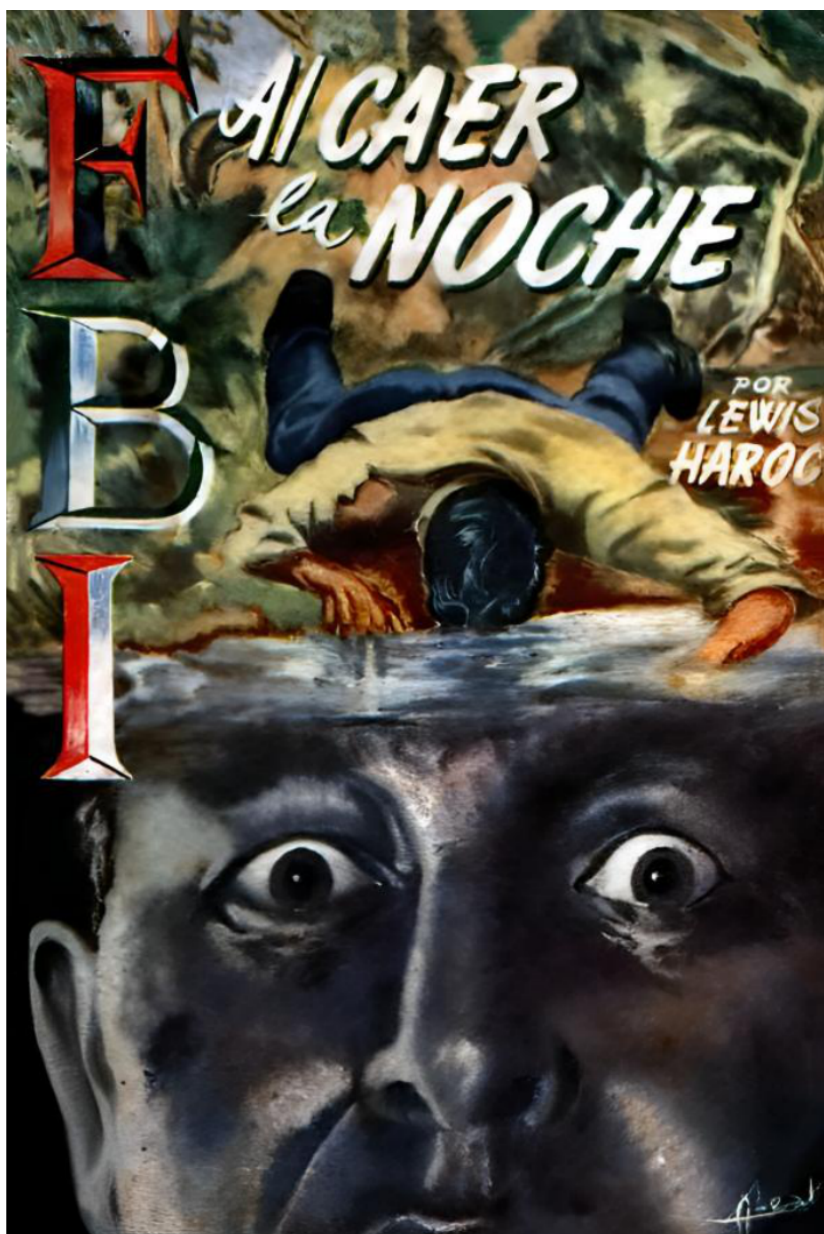




LEWIS HAROC

AL CAER LA NOCHE



LEWIS HAROC

AL CAER LA NOCHE



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

56. Hombres armados (10).
 57. Pavorosa elección (5).
 58. La bestia escariata (3).
 59. Huellas de ultratumba (1).
 60. S O S (8).
 61. Billetes malditos (3).
 62. Camino de perdición (12).
 63. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (8).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killers» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentencia (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Luggers» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frae (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsa de lares (15).
 100. Yo, Director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 101. De Harvard a Quantico (16).
 102. El asfalto es rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. N-ches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitecha-pe! (5).

EN PREPARACION:

Ciudad vertical

AUTORES

- | | | |
|-------------------|--------------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Gray. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Sette. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nehol. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wan-
ton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yoncll. |
| (6) Alar Henc. | (15) Robert Draf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Harnc. | (17) Alu Cortroa. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

I

SOMBRAS AL AMANECER



A casa estaba sumida en la oscuridad más profunda. Ni un solo rayo de luz se filtraba a través de sus ventanas y a la pálida claridad de la luna, que asomaba de cuando en cuando su cara por detrás de las nubes, el edificio recortaba contra el cielo su maciza silueta, negra y silenciosa.

Las puertas y ventanas, cerradas a piedra y lodo, daban la sensación de que no estaba habitado, pero no sólo lo estaba, sino que además, algunos de sus moradores permanecían bien despiertos y con los nervios en tensión.

Una sombra, más densa si cabe que las tinieblas que reinaban en

el interior del edificio, se deslizó silenciosamente por uno de los largos pasillos.

Debía de conocer perfectamente el terreno que pisaba, pues, al llegar al arranque de una escalera, se deslizó por ella hacia abajo, después de tantear su comienzo con el pie. A medida que iba descendiendo la oscuridad era menos densa, convirtiéndose en penumbra en el segundo descansillo, a causa de la luz que llegaba de más abajo.

La escalera desembocaba en un pasillo largo y estrecho, mal iluminado por un pequeño tubo de neón colocado en uno de sus extremos.

Antes de salir al pasillo el hombre lo observó en ambas direcciones y sólo cuando se convenció de que no había nadie en él, se aventuró a salir, encaminándose con precipitado paso hacia el extremo contrario a aquél en que brillaba la luz. El individuo parecía ser joven porque su paso era rápido, elástico y silencioso y la luz de neón iluminaba una espalda ancha y fuerte.

El extremo del pasillo estaba ocupado por una puerta pintada de blanco. El individuo metió la llave en la cerradura y la hizo girar en ella sin el menor ruido. Luego empujó la puerta y penetró en la estancia, cerrando la puerta tras él.

Sólo entonces se aventuró a encender una pequeña linterna. En aquél momento otro hombre que le había seguido escaleras abajo, espiando sus furtivos movimientos, se asomó con cautela al pasillo, desde la escalera, viendo cerrarse la puerta tras el primero. En su mano derecha apareció una pistola automática, pero esperó aún un buen rato antes de comenzar su avance hacia la puerta esmaltada en blanco.

El haz de la linterna del primer hombre recorrió la estancia en que se encontraba, mostrándole frascos, pipetas, tubos de ensayo y algunos complicados aparatos, compuestos por relucientes y niquelados metales, alternando con partes de vidrio que se retorcían en inverosímiles espirales. Luego se paseó por un estante repleto de frascos de colores, convenientemente rotulados, hasta detenerse en un pequeño cuadro limitado por cuatro lados niquelados, que refulgieron bajo la luz de la linterna.

Era una caja empotrada en la pared, a la altura de los ojos.

El individuo se deslizó hacia ella y, sin la menor vacilación, hizo

girar el disco con la mano derecha cubierta por un guante, mientras sostenía la linterna con la mano izquierda.

Debía de conocer la combinación de la caja, porque en un segundo la tuvo formada; luego introdujo una aplastada llave en la cerradura, la hizo girar en ella y tiró hacia sí.

La caja reveló sus secretos al círculo lívido de la luz. Había en ella muestras de varios minerales que lanzaron reflejos a la oscilante claridad de la linterna.

Detrás de ellos se amontonaban algunos papeles y un libro de cheques, pero el misterioso individuo debía de saber muy bien lo que iba buscando porque, despreciando todo lo demás, tomó un pequeño cuaderno con las pastas azules que había en un rincón de la caja.

Lo ojeó brevemente, iluminándolo de lleno con la luz de la linterna, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa triunfal. Luego se lo guardó en un bolsillo de la americana e iluminó de nuevo la caja, sin advertir que la puerta de la estancia se abría silenciosamente a su espalda.

Se disponía a cerrar la caja, cuando una voz grave, profunda, inquirió con áspero tono.

—¿Qué hace usted ahí?

El sorprendido individuo se volvió con la rapidez del rayo.

Un hombre estaba en la puerta. La débil luz del pasillo recortaba su silueta contra el suelo del laboratorio, siniestra, alargada. Era de alta estatura, aunque parecía ligeramente inclinado hacia adelante por el peso de los años o de las preocupaciones tal vez.

La linterna del sorprendido, dibujó en el suelo un trazo fugaz antes de ascender a la cara del recién llegado, iluminando un rostro alargado, de frente despejada y ojos vivaces. Un bigotillo gris sombreaba el labio superior, y el conjunto aparecía lívido a la luz de la linterna.

Al ladrón le temblaba la mano. Había sido sorprendido ¡y por aquél hombre precisamente! Si éste lograba contemplar su rostro, aunque sólo fuera por una fracción de segundo, estaba perdido.

Entrevió la mano del otro subiendo hacia la llave de la luz, pero aun así, el miedo le inmovilizó de tal forma que no pudo hacer ningún movimiento para evitarlo, porque todo su cuerpo parecía invadido por una parálisis repentina.

Contempló fascinado la leve palidez de la mano que se acercaba a la llave.

Se oyó un seco ¡click! y la estancia se llenó de luz que apagó el resplandor, más débil, de la linterna. Por un segundo los dos hombres cerraron los ojos, deslumbrados por el fuerte resplandor de cinco focos.

Luego se cruzaron sus miradas y el recién llegado lanzó una exclamación de sorpresa al comprobar la identidad del furtivo visitante.

—¿Usted...? —exclamó con voz ronca—. ¿Usted...?

Sus ojos se dirigían alternativamente del hombre a la caja para volver otra vez al hombre. En su mirada había una expresión de sospecha.

—¿Qué ha sacado de la caja? ¡Ah...! Ya sé... Vamos, dímelo.

Alargaba la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba firmemente una pistola pequeña, pero no por eso menos mortífera.

El cerebro del ladrón trabajaba a toda presión. El hombre que le había sorprendido realizando aquella faena debía morir... tenía que morir.

Ambos estaban separados por una distancia de seis yardas, que se redujo al avanzar hacia él el individuo del bigote gris.

Cuatro yardas... tres... dos... una... ¡Ahora! Hizo ademán de ir a sacar el cuadernillo que guardaba en las profundidades de su bolsillo y el otro se detuvo. El cuaderno apareció en su mano derecha, que se alargó hacia adelante...

El hombre armado le miraba con severidad, sin pronunciar una sola palabra. El ladrón tenía los ojos clavados en los suyos, como hipnotizado. La mano izquierda de aquél salió al encuentro de la suya, pero no llegó a tocar el cuadernillo.

De pronto el hombre que había abierto la caja se lanzó sobre él con la cabeza baja. Un disparo resonó ahogadamente y el proyectil se hundió en la pared con un seco chasquido antes de que el terrible cabezazo del ladrón en el estómago de su rival hiciese a éste caer hacia atrás.

Ambos se enzarzaron en una lucha feroz, rodando por el suelo, entre las mesas del laboratorio repletas de extraños aparatos.

El hombre del bigote gris intentó disparar la pistola que aún conservaba en la mano, pero el ladrón le retorció el brazo

ferozmente y el arma cayó al suelo de «*parquet*», a pesar de lo cual siguió retorciendo el sarmentoso brazo que apresaba con ambas manos. Su rival dio media vuelta sobre sí mismo para aminorar la torsión, pero fue inútil e hincó las rodillas en el suelo, hasta que un violento empujón le hizo caer de espaldas.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar sintió el peso del otro montado a horcajadas sobre él y sus manos buscando su cuello. Hizo un desesperado esfuerzo, pero no pudo evitarlo. Dos tenazas se cerraron en torno a su cuello apretándole la tráquea. Sus manos se aferraron a las muñecas del ladrón intentando separar aquel dogal que le ahogaba, su respiración se tomó difícil, sibilante, y un color azulado, precursor de la asfixia, comenzó a extenderse por su rostro mientras su vencedor sonreía con risa satánica.

Luego los ojos del ladrón se fijaron en la pistola, que estaba en el suelo a media yarda. Se inclinó para recogerla mientras el otro aspiraba ruidosamente el aire, con los ojos fijos en el rostro de su rival.

Su mirada expresó el mayor horror al ver acercarse a su frente el negro cañón de la pistola; quiso lanzar un grito, pero no tuvo tiempo. Se oyó de nuevo el ruido de un disparo, ahogado por el silenciador, al mismo tiempo que el vencido volvía tan rápidamente la cabeza, que el proyectil destinado a su frente le entró en el cráneo por el parietal izquierdo, un poco más arriba del oído.

Instantáneamente cesaron sus movimientos. Las manos cayeron laciamente, dejando de debatirse en el aire y un ronquido siniestro se escapó de su garganta. Enseguida un hilillo de sangre comenzó a gotear por el rostro hasta el suelo.

Su matador se puso en pie, retrocediendo un paso. Durante unos segundos permaneció con la mirada fija en el cadáver, mientras se pasaba la mano por los cabellos. Luego alzó la pistola a la altura de los ojos y, como si aquello le hubiese vuelto a la realidad de las cosas, se abalanzó hacia la puerta, cerrándola con llave y volvió junto al cadáver, apoyándose en una mesa, jadeante, más a causa del miedo que por el esfuerzo realizado. No sabía qué hacer. Él no había esperado ser sorprendido. Su rostro expresaba el mayor terror.

Dejó la pistola en la mesa. Al hacerlo, su mano se crispó sobre un papel. Maquinalmente cortó una tira y comenzó a retorcerla,

hasta dejarla convertida en una especie de cuerda, mientras sus ojos, al servicio de un cerebro embotado por el horror y la incertidumbre, continuaban fijos en un punto indeterminado del suelo.

Tenía que hacer algo. Aún transcurrieron unos minutos, largos, oprimentes, antes de que se decidiese a actuar, pero entonces sus movimientos fueron rápidos y precisos, evidentemente aliviada, por la acción.

Primero recogió del suelo el cuadernillo que había caído en la lucha, guardándoselo en el bolsillo. Luego tomó la pistola, la limpió cuidadosamente con el pañuelo y la colocó en la mano derecha del muerto, obligando a sus crispados dedos a engarfiarse sobre la culata.

Una vez hecho esto pareció satisfecho. Se quitó el guante que aún cubría su mano derecha y se lo metió en el bolsillo. Había terminado. Miró a su alrededor y se sintió satisfecho de su obra.

Entonces se dirigió hacia la puerta, pero al llegar a ella lanzó una exclamación.

«¡La linterna!».

Retrocedió sobre sus pasos, buscándola, y la encontró debajo de una mesa. Al incorporarse, con ella en la mano, sus ojos se posaron en la caja y una sonrisa resplandeció en su rostro, evidentemente satisfecho de lo que se le había ocurrido.

Apagó la luz del laboratorio y, alumbrándose con la linterna, se encaminó a un rincón del mismo, en el cual había una mesa de despacho.

Tomó un papel, sacó el cuaderno del bolsillo y, accionando el resorte de la linterna que hacía que la luz permaneciese encendida, abrió el cuaderno y se dispuso a escribir.

Durante media hora, el lápiz resbaló sobre el papel, trasladando a éste las anotaciones del cuaderno. Al cabo de ella se levantó, dobló la hoja de papel, que trasladó a su bolsillo, dejó el cuaderno de notas en el sitio de la caja de donde lo había tomado y, tras cerrar ésta de nuevo y limpiar el niquelado disco de la combinación, recorrió por última vez el laboratorio con la luz de la linterna y salió al pasillo, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de él.

En algún sitio de la casa resonaron lentas y pausadas las graves campanadas de un reloj, anunciando que eran las cuatro de la

madrugada...

Caleb Wimsey se incorporó, mirando a su alrededor. En la mano derecha conservaba una tiza blanca, con la cual había dibujado en el suelo el contorno del cadáver.

Eran las nueve de la mañana. Fuera del edificio, una tenue neblina se agarraba a las ramas de los árboles, como guedejas de algodón. En el interior del laboratorio la temperatura era agradable, gracias a la calefacción, pero fuera la atmósfera tenía una frialdad húmeda y viscosa, que le comunicaba el lago Michigan.

Un hombre miraba sus movimientos con curiosidad, sin decir una sola palabra, mientras otros dos, Igualmente silenciosos, vestidos con batas blancas, le observaban desde la puerta.

—Ya pueden llevárselo —dijo Caleb Wimsey a éstos.

Una camilla fue colocada junto al cadáver. Uno de los camilleros asió a éste por las piernas y el otro por debajo de los sobacos y lo izaron hasta dejarlo sobre la camilla. El «*rigor mortis*» no había abandonado aún el cuerpo, que permanecía en la misma postura en que lo había dejado el asesino: con las piernas ligeramente dobladas y los brazos pendiendo hacia un lado del cuerpo.

—Díganle al doctor que envíe su informe cuanto antes —dijo Wimsey a los camilleros.

Éstos desaparecieron con su carga y él continuó, dirigiéndose al otro hombre que estaba con él en el laboratorio, después de cerrar cuidadosamente la puerta:

—Bueno, Bunter, ¿qué te parece?

El llamado Bunter se rascó la cabeza. Caleb le animó:

—Vamos, hombre. Emplea esas dotes deductivas que te enseñaron en Quantico.

—¡Repapa! —exclamó Bunter—. Una cosa es hacerlo allí y otra muy distinta enfrentarse con los hechos. Es como aprender a volar por correspondencia. Te metes en un avión convencido de que eres Lindbergh, pero las dificultades comienzan a la hora de aterrizar —Caleb sonrió y Bunter continuó diciendo—: De todas formas, no comprendo qué motivos tenía el profesor Fantiman para suicidarse...

—No se ha suicidado. Alguien lo envió al otro mundo y luego arregló las cosas a su gusto... y muy mal, por cierto —aseguró

Caleb Wimsey, con el mayor aplomo.

—¿Cómo has podido...?

Wimsey sonrió:

—No me mires con esa cara de asombro, querido —repuso—. ¿Has visto a alguien que se pegue un tiro en el lado izquierdo de la cabeza, empuñando la pistola con la mano derecha? —Y ante el gesto de confusión de Bunter, continuó—: Además, hubo lucha. Quienquiera que fuese, intentó estrangular a Fantiman. ¿No te fijaste en las manchas amoratadas de su cuello?

—No —murmuró Bunter, con voz ronca—. Sólo pude ver sus ojos... Los tenía más abiertos que un niño asustado...

—Ya te irás acostumbrando. Eres, como quien dice, nuevo en el oficio. Bueno; manos a la obra.

Ambos se despojaron de las gabardinas y los sombreros. Alguien había abierto las maderas de las ventanas del laboratorio y a través de los cristales, penetraba la luz tristona de la mañana, nublosa y fría de aquel mes de febrero.

Caleb Wimsey era más alto y fuerte que Bunter, aunque la humanidad de éste no era tampoco nada despreciable. Caleb vestía con cierto descuido. La raya de sus pantalones no era un modelo de corrección y el nudo de su corbata habría sido rechazado por cualquier elegante. En marcado contraste con este desaliño, sus cabellos castaños estaban bien peinados hacia atrás, descubriendo su frente espaciosa, surcada de arrugas en aquel momento.

Ambos se inclinaron sobre los objetos sacados de los bolsillos del profesor, que habían sido colocados encima de una mesa repleta de objetos de laboratorio. Era bien poco lo que había: un pañuelo, un manojo de llaves, algunas monedas, una pequeña navaja y una libreta con algunas direcciones.

Caleb lo apartó todo, excepto las llaves.

—Luego veremos para dónde sirven —murmuró, dedicando su atención a la pistola, que también estaba sobre la mesa, envuelta en un blanco pañuelo.

La examinó con atención. Era una «Walter», del calibre 7,65, provista de silenciador.

—Te apuesto un cena a que no encuentran en ella una sola huella —dijo a Bunter.

Éste seguía sus movimientos fascinado, deseoso de aprender.

Caleb tomó la pistola con el pañuelo y extrajo el cargador. Tenía siete proyectiles.

—O mucho me equivoco o se han disparado dos tiros con ella —dijo—. Uno estará alojado en el cerebro de Fantiman. Tenemos que encontrar el otro —dijo—. Bueno, Bunter. Vamos a mirar por aquí antes de empezar a preguntar.

—¿Qué piensas encontrar?

Caleb no respondió a esta pregunta. Ambos comenzaron a efectuar un registro sistemático del laboratorio, procurando no pisar la silueta del cadáver dibujada por Wimsey con tiza sobre el «*parquet*» que cubría el piso.

El suelo del laboratorio no estaba muy limpio. Algunos trozos de papel, ceniza y restos de cigarrillos demostraban que aún no se había hecho la limpieza en él.

Caleb se fijó en la caja, examinándola, sin tocarla.

—Todo bien limpio —murmuró—. Ese tío ha trabajado con guantes o lo ha limpiado todo después...

—¡Wimsey!

Éste se volvió sobresaltado, al ser arrancado bruscamente de su abstracción por aquel alarido de Bunter.

—Ven aquí. Mira lo que he encontrado —prosiguió éste, con excitación.

Caleb se acercó a él. La puerta del laboratorio se abrió en aquel momento y un hombre uniformado apareció en ella, con cara de susto.

—¿Ocurrió algo, señor? —preguntó.

—No... no... nada, que yo sepa —repuso Caleb.

—Como oí ese alarido... —se disculpó el ordenanza.

El agente del

F. B. I.

sonrió, mientras Bunter, arrodillado en el suelo, enrojecía ligeramente.

—Fue mi compañero —explicó Caleb—. Se pisó el rabo... Bueno; si le necesitamos, ya le llamaremos.

El ordenanza les miró como si estuvieran locos y cerró la puerta, resentido por aquella delicada despedida.

—Oye, cuando me llames no lo hagas como si te estuviesen hundiendo un cuchillo en el estómago —advirtió Caleb a su

compañero, arrodillándose a su lado.

—No me pude contener. Mira.

Lo que Bunter había descubierto era un redondo agujero en la pared, a media yarda del suelo.

—La bala debe estar ahí —dijo.

—Ya lo supongo, hombre. No me creerás tan bruto que vaya a pensar sacar de ahí un obús.

Hurgó en el agujero con una navaja que sacó del bolsillo y poco después el proyectil, aplastado por la punta, estaba en sus manos.

Bunter le miró expectante. Caleb colocó el proyectil junto a la pistola.

—Hay que seguir buscando —anunció.

Fue él quien se fijó en la pequeña abolladura del «*parquet*», junto al sitio donde había estado el cuerpo del profesor Fantiman. La miró en silencio y se agachó para pasar sus dedos por ella, mientras Bunter buscaba incesantemente por otro lado.

Al fin se incorporó y se unió a su compañero, que examinaba con el mayor cuidado la mesa de despacho, situada debajo de una de las ventanas.

—¿Qué hay por aquí? —preguntó.

—No he visto nada de particular —repuso Bunter.

El tablero de la mesa era de cristal negro y encima de él, había una carpeta. Caleb se fijó en el secante. Estaba poco usado, a juzgar por las escasas manchas de tinta que tenía, pero en su superficie mostraba algunos surcos, como si alguien hubiera escrito sobre él con un lápiz duro.

En aquel momento se oyó ruido en el pasillo y la puerta del laboratorio se abrió de nuevo, asomando por ella el rostro risueño de Woodward.

—¡Hola, chicos! —saludó—. Ya está aquí toda la «*troupe*». ¿Podemos entrar? —Y ante el gesto afirmativo de Caleb entró en el laboratorio, volviéndose enseguida hacia la puerta, diciendo—: Venga, hijos; a la lucha.

Cuatro hombres más entraron tras él. Caleb y Bunter se acomodaron en dos sillas y contemplaron, durante cerca de media hora, las evoluciones de los muchachos del Departamento de Identificación a la caza de huellas.

Ninguna superficie pulimentada —y había muchas allí— escapó

a su investigación ni a los fogonazos de sus máquinas especiales, hasta que al fin Woodward se volvió hacia ellos.

—¿Cómo se va dando la cosa? —preguntó.

—No podemos quejarnos. Oye, llévate esa pistola también. Yo voy a ir enseguida al despacho del inspector. Por cierto, me dijo que te apresurases.

—Penberthy es el tío más metepriasas de toda la División —aseguró Woodward, encendiendo un «Lucky»—. Bueno; nos vamos.

—¿Has tomado las huellas de todos los habitantes de la casa?

—Sí. Dentro de dos horas tendrás todas allí. Oye —agregó—, hay dos chicas... ¡jamón! —Hizo un expresivo gesto y continuó—: Te cedo la morena, pero la rubia es cosa mía.

Se perdió con sus hombres. Caleb se acercó a la puerta a despedirle. El ordenanza estaba allí muy serio y estirado.

—¿Quién habita aquí? —le preguntó.

—Los tres ayudantes del profesor, mi mujer y yo y dos guardas de noche —repuso el ofendido subalterno.

—Hágalos venir. Que pasen primero los ayudantes. Voy a interrogarlos.

El ordenanza se alejó por el pasillo, grave, solemne, expresando así su disconformidad con la actitud de aquellos agentes del

F. B. I.,

que entraban en todos los sitios como si les perteneciese cuánto había en la nación.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al

precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

II

EL TERCER AYUDANTE



OHN Lauredi y Víctor Murbles fueron los primeros en presentarse ante Wimsey. Ambos eran ayudantes del profesor Peter Fantiman en los trabajos que éste llevaba a cabo por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos.

Los dos eran hombres afables, al parecer, de exterior agradable. Lauredi era extremadamente aficionado a los deportes y casi el único usuario de la hermosa pista de tenis adosada al laboratorio. Víctor Murbles, por el contrario, empleaba todas sus horas de asueto en el examen y colección de libros raros, por cuya afición era realmente maniático.

Caleb Wimsey ya los había visto antes, cuando llegó al laboratorio, en virtud de una llamada telefónica del propio Lauredi, que fue el primero en descubrir el cadáver del profesor.

El descubrimiento se efectuó al bajar el ayudante al laboratorio a las ocho y media de la mañana, hora en que solía hacerlo siempre, para vigilar la limpieza del mismo. A continuación bajaban el profesor y los otros ayudantes.

Apenas hizo su macabro descubrimiento, telefoneó directamente a la Jefatura del

F. B. I.,

División de Chicago, según lo tenían ordenado para cualquier cosa que ocurriese en el laboratorio. Wimsey había sido el designado por el inspector jefe Penberthy, para que realizase las primeras investigaciones.

Wimsey se levantó al entrar ellos en el laboratorio. John Lauredi era más joven de lo que le había parecido a primera vista. Calculó que tendría unos cuarenta años, y admiró el impecable corte de su traje y la raya perfecta de sus pantalones. Sin embargo, simpatizó más con Víctor Murbles, debido, sin duda, a que éste mostraba en sus ropas el mismo desaliño que él.

—Siéntense ustedes —les invitó, señalándoles dos sillas, junto a la mesa de despacho.

Lauredi manifestó que prefería estar en pie, pues así podría desfogar mejor sus nervios, demasiado alterados para permitirle estarse quieto. Murbles, en cambio, aceptó su ofrecimiento. Los dos agentes del

F. B. I.

permanecieron en pie y Caleb comenzó el interrogatorio:

—¿Tienen ustedes alguna idea del motivo del asesinato?

—¿Asesinato? —preguntó Murbles, palideciendo intensamente—. Oímos decir que...

—No ha habido tal suicidio. Puedo demostrar que el profesor fue asesinado.

Ninguno de los dos le preguntó en qué basaba sus afirmaciones, y Wimsey prosiguió:

—¿Qué clase de investigación realizaba actualmente el profesor?

—Un aspecto de la fabricación de la bomba H —repuso Lauredi, enfrentándose con él—. Me refiero a la bomba de hidrógeno.

Caleb emitió un ligero silbido. Sabía por referencias que el Gobierno de los Estados Unidos estaba muy interesado en las investigaciones que se hacían para conseguir la fabricación de aquel arma mortífera, y así lo manifestó.

—El profesor dio por terminadas ayer por la tarde sus investigaciones —dijo Víctor Murbles—. Así nos lo comunicó. Estaba muy contento.

—Eso quiere decir que la bomba de hidrógeno es ya un hecho, ¿no es así?

—Por lo que respecta a la parte que nosotros investigamos, sí, señor —replicó, orgullosamente, Murbles—. Hemos puesto en manos de la nación el arma más terrible de todos los tiempos. Una sola bomba H desarrolla la potencia de veinte millones de toneladas de trinitrotolueno, explosivo que, como usted sabe, es mucho más potente que la dinamita.

Bunter y Caleb se miraron sorprendidos, sin acertar a calibrar aquel terrible poder destructor.

—¿Anotaba el profesor el resultado de sus Investigaciones? —preguntó éste.

—Naturalmente. De otra forma hubiera sido imposible llevar el hilo de la investigación. Lo hacía en un cuadernito que guardaba en esa caja —dijo Murbles, señalando la empotrada en la pared.

—¿Hay alguna llave de ella, además de la del profesor?

—No. El poseía la única llave de la caja, aunque sus tres ayudantes conocíamos la combinación.

—¿Sus tres ayudantes? —preguntó Caleb, con el ceño fruncido—. ¿Dónde está el otro?

—Se llama Spencer Dormer —le informó Lauredi—. Ha salido muy temprano en avión para Nueva Orleáns. Al padecer, recibió una llamada telefónica de allí. Malas noticias de su madre, según me dijo.

Wimsey se puso inmediatamente en guardia. Era demasiado significativa la ausencia del tercer ayudante de Fantiman, precisamente poco después del asesinato de éste, para dejarla caer en el vacío.

—Bien —dijo—. Luego investigaremos ese punto. ¿Cuál es la combinación de la caja?

—Inés —repuso Lauredi, sin vacilar—. Es el nombre de la esposa

del profesor.

Wimsey se encaminó hacia la caja fuerte, seguido por los otros tres hombres. Llevaba en la mano el manojo de llaves que había encontrado en los bolsillos del profesor y en pocos segundos tuvo la caja abierta.

Los cuatro hombres miraron su interior con curiosidad.

—¿Saben ustedes si falta algo? —preguntó Caleb.

—Yo creo que no —repuso Murbles—. Mire, ése es el cuaderno donde el profesor anotaba el resultado de sus investigaciones.

Caleb lo tomó, hojeándolo con curiosidad. Era de regular tamaño y sus hojas estaban materialmente cubiertas de anotaciones, la mayoría de las cuales eran ininteligibles para un profano en la materia. Sin embargo, aquel cuaderno que tenía en la mano era dinamita pura, y por echarle un solo vistazo existían personas y Gobiernos que hubieran dado millones.

—Me lo voy a llevar —dijo, hundiéndolo en el bolsillo de su americana—. ¿A qué hora abandonaron ayer ustedes sus trabajos? —preguntó a los dos hombres.

—A eso de las ocho —repuso Murbles.

—¿Qué hicieron luego?

—Estuvimos reunidos durante un buen rato en uno de los salones del piso de arriba. Fantiman se mostraba muy excitado y satisfecho. Hoy por la mañana tenía el pensamiento de comunicar el resultado de sus investigaciones a la Comisión.

—Ya. ¿A qué hora se retiraron a descansar?

—A eso de las doce, como todas las noches —repuso Lauredi—. El profesor estaba tan excitado que nos dijo que no lograría conciliar el sueño.

—¿Tienen ustedes armas?

—Sí, señor —repuso Murbles—. Y el profesor también.

—¿Saben ustedes las características de la pistola del profesor?

—Era una «Walter» del siete sesenta y cinco —repuso Murbles—. Se la traje yo de Bélgica el año pasado.

—¿No han oído nada durante la noche? ¿Algún ruido? ¿Disparos?

Ninguno de los dos había oído nada anormal. A Caleb no le extrañó, dado que la pistola del profesor Fantiman estaba provista de silenciador.

Después de los ayudantes, Caleb tomó declaración al resto del personal que dormía en el laboratorio. Ni el conserje, ni su mujer, ni los guardas nocturnos habían oído nada. Ni siquiera sabían qué era lo que Fantiman estaba investigando.

—Llevábamos nuestros trabajos en el mayor secreto, como es natural —informó Lauredi—. El profesor se había negado incluso a que el edificio fuese vigilado por agentes especiales, pensando en que aquel lujo de precauciones atraería más sobre nosotros la atención de los espías que si actuábamos en esta forma. Por este motivo, no había más que dos guardas nocturnos, que se turnaban en sus rondas.

Éstos tampoco habían oído nada. Efectuaban una ronda por todo el edificio cada media hora y no habían observado nada anormal en toda la noche.

Después de ellos fueron interrogadas las dos muchachas de que le había hablado Woodward. Eran dos jóvenes atractivas, que actuaban como auxiliares de laboratorio, pero que no tenían la menor idea de nada, porque dormían fuera del edificio.

Igual ocurrió con la mujer de la limpieza. Era persona de cierta edad, delgada y pálida, que se enfrentó con Caleb retorciéndose las manos desesperadamente, como si sospechase que éste la miraba como la posible asesina del profesor.

—¿Usted friega el piso del laboratorio todos los días?

—Sí... sí... señor... Pero siempre está presente míster Lauredi, cuando lo hago.

Caleb la llevó al lugar en que había sido encontrado el cadáver, mostrándole la pequeña depresión en el «*parquet*», preguntándole si la había visto antes.

La mujer la examinó con atención concentrada.

—No, señor —repuso, con evidente satisfacción—. No... estaba.

—¿Está usted segura?

—Sí, señor. Como usted ve, el «linóleum» es de un color liso. Una cosa como ésa no podía pasarme desapercibida. Parece como si se hubiera caído algo pesado...

—Ha dado usted en el clavo, señora —repuso Caleb, y ella se mostró muy contenta, porque estaba pensando que quizá su respuesta no agradase al agente.

Después del interrogatorio, Caleb y Bunter se trasladaron a la

habitación del profesor. Ésta estaba situada precisamente encima del laboratorio, en el centro de un pasillo, al cual se abrían también las habitaciones de los ayudantes.

Constaba de un dormitorio y de una pequeña salita-biblioteca, pero, aunque Caleb y Bunter la revolvieron de arriba abajo, no encontraron en ella nada que les orientase en sus pesquisas, aunque no podían decir exactamente qué era lo que buscaban.

De la habitación del profesor pasaron a la de Spencer Dormer. Era exactamente igual a la primera y estaba situada en el extremo del pasillo, en la parte más alejada de la escalera que descendía a los pisos de abajo. El desorden que imperaba en ella era evidente. Todo demostraba que Dormer había salido precipitadamente del edificio. Las ropas que se había quitado estaban tiradas en el suelo a los pies de la cama. Otros detalles demostraban que el ayudante de Fantiman había cogido precipitadamente algunas ropas. En su prisa por marcharse, se había olvidado de la pasta de los dientes, aunque se había llevado el cepillo.

—Bueno, Bunter. Al parecer, el hombre tenía prisa —comentó Caleb—. Vamos a decírselo al inspector. No hay nada aquí que pudiera tentar la codicia de ningún ladrón, más que la libreta que guardo yo en el bolsillo, y, al parecer, ésta no ha sido tocada desde que el profesor la puso en la caja ayer por la tarde.

Después de dar orden al conserje de que no permitiese la entrada en el laboratorio, los dos agentes partieron hacia Jefatura.

El laboratorio estaba situado a media milla de Chicago. Se llegaba a él por un camino asfaltado, que partía de la carretera que, bordeando el lago Michigan, conducía a Milwaukee.

Estaba instalado en un hotelito perteneciente a un particular, alquilado por el Estado para aquellos fines de investigación, y ésta se llevaba a cabo en él con el mayor secreto. Nadie, arriba de una docena de personas, conocía en Chicago los verdaderos fines a que estaba destinado, y de esta docena ni siquiera cuatro habrían podido decir con exactitud cuál era la clase de investigaciones que el profesor Fantiman realizaba en él.

—Bonito asunto —masculló Caleb, al sacar el coche a la carretera—. Ni siquiera tenemos un motivo.

—En cambio, tienes un presunto culpable —dijo Bunter, convencido—. Ese Spencer Dormer... la fuga no le favorece en

nada.

Caleb no replicó, concentrado en la conducción del automóvil, ahora ya por entre el intenso tráfico de la ciudad. La niebla se había desplomado contra el suelo, cubriéndolo con una capa de charolada humedad. Los edificios de la gran urbe industrial aparecían tristes y plomizos, detrás de los últimos restos de la neblina y del humo lanzado a la atmósfera por miles y miles de chimeneas. De cuando en cuando, el coche resbalaba sobre la capa de grasa lubricante que relucía sobre el húmedo suelo, poniendo a prueba la pericia del conductor.

Al fin llegaron a su destino. El inspector Penberthy, con su poderosa humanidad descansando en el incómodo sillón de su despacho, estaba examinando algunos papeles y fotografías que tenía sobre la mesa. También estaba allí la pistola que había causado la muerte del profesor Fantiman.

Caleb reconoció enseguida las fotografías. Eran las de las huellas que había sacado Woodward. No cabía duda de que su compañero había trabajado con celeridad.

Penberthy era un tipo curioso, bien conocido en la eficiente organización federal. Obeso, apoplético, daba la sensación de que la carne iba a romper de un momento a otro el cerco de la tirante y reluciente piel que la aprisionaba, para salir a borbotones por las hendiduras.

Su rostro respiraba bondad, hasta que alguna contrariedad le hacía montar en cólera, pues en este momento la permanente congestión de sus mejillas se extendía por toda su faz con un tono escarlata, en cuyo fondo resaltaban los ojos, pequeños y vivaces como los de un águila. No era hombre de acción, porque su corpulencia no se lo permitía; pero, en cambio, poseía un cerebro ágil, acostumbrado a la deducción y al completo análisis de los hechos y dotado de una extraordinaria capacidad de retención, que le permitía recordar los más ínfimos sucesos, cuando otras personas hacía tiempo que los habían olvidado ya. Y hasta tal punto era esto cierto, que sus subordinados decían que, mientras Penberthy estuviese al frente de la División, los ficheros de ésta enmohecerían por falta de uso.

Todos los días, invariablemente a las nueve de la mañana, con cronométrica puntualidad, Penberthy se sentaba en su sillón y ya no

se movía de él hasta la hora de irse a comer, gobernando con mano firme la División desde aquella especie de trono, del cual sólo le arrancaba, antes de aquella hora, algún hecho de excepcional importancia.

Al entrar sus hombres en el departamento levantó la mirada de las fotografías que estaba examinando y los saludó con una ancha sonrisa. Antes de que comenzase a hablar, Caleb se apoyó con ambas manos en el borde de la mesa y le dijo:

—Uno de los ayudantes de Fantiman ha huido. Se llama Spencer Dormer y, al parecer, recibió una llamada telefónica desde Nueva Orleáns diciéndole que su madre estaba muy grave.

—Ya lo sé —repuso Penberthy—. Salió hace un par de horas de Chicago en el avión de Nueva Orleáns. Será detenido en cuanto éste llegue a San Luis —aseguró—. También he ordenado comprobar la veracidad de esa llamada...

—Ahora sí que me ha reventado, jefe —dijo Caleb, procediendo a despojarse de la gabardina, mientras Bunter miraba al inspector con la boca abierta—. ¿Cómo se enteró?

—No es ningún misterio. Me lo dijo Woodward hace quince minutos. Le echó en falta al sacar las huellas de todos los habitantes de la casa. ¿Qué fue lo que pasó allí?

Caleb le hizo un resumen del resultado de sus pesquisas en el laboratorio, entregando a Penberthy el cuaderno que había tomado de la caja. Éste lo dejó sobre la mesa, se hizo hacia atrás en el sillón, provocando un quejumbroso chirrido de sus muelles y dijo, con los ojillos semientornados:

—Creo que estoy en disposición de decirte lo que ocurrió. Alguien entró a robar algo en el laboratorio, siendo sorprendido por el profesor. Lucharon y el ladrón mató a Fantiman con su propia arma.

Como sorprendiese un gesto interrogante en el rostro de Wimsey, se apresuró a aclarar:

—Con esa pistola fueron hechos dos disparos. Uno de los proyectiles estaba alojado en el oído derecho del profesor, después de haberle atravesado la masa encefálica, según el informe del forense, que, por cierto, fija la muerte entre las tres treinta y las cuatro de la madrugada. El otro proyectil acabas de traerlo tú.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Me parece estar viendo la escena. Probablemente, Fantiman disparó sobre el ladrón cuando éste se arrojó sobre él al ser descubierto, pero falló el tiro y el proyectil se hundió en la pared. Entonces fue cuando sobrevino la lucha entre ambos. La pistola del profesor debió caer al suelo en la pelea, causando ese ligero desperfecto en el «linóleum»... ¡Caramba, muchacho! Tienes una vista de águila para haberte apercebido de él.

—¿Cómo sabe que fue la pistola la que lo hizo?

—Lo descubrió Woodward. Al examinar la pistola en busca de huellas, distinguió algunas partículas rojas adheridas a uno de los bordes del silenciador. Pensamos que sería sangre, pero analizadas, resultaron ser de barniz del tipo ese que se utiliza para recubrir el «linóleum». Bueno; poco queda ya que decir. El asesino intentó estrangular a Fantiman, pero, sin duda alguna, vió la pistola en el suelo y decidió resolver el asunto por la vía más rápida. Ésta es mi opinión.

Volvió a apoyarse en la mesa, inclinándose hacia adelante, como esperando a que Caleb rebatiese alguno de sus puntos de vista, pero éste no lo hizo, sino que se limitó a asentir.

—Estoy de acuerdo con usted, jefe. Todo parece concordar perfectamente, pero ¿quién diablos lo hizo y por qué? Allí no había nada que mereciese la pena correr ese riesgo para llevárselo, excepto...

—Excepto esto, ¿no es así? —le interrumpió Penberthy, blandiendo el cuadernillo en la mano—. Y parece no haber sido tocado, pero tendremos que examinarlo con atención. En cuanto a tu primera pregunta, sospecho que quien lo hizo fue alguien que estaba dentro de la casa con mucha anterioridad al momento del crimen. Pudo ser Dormer o pudo no ser él. Su huida le señala, pero tendremos que esperar a oírle antes de acusarle en firme. Su coartada puede ser cierta.

Hojeó el cuadernillo.

—¡Vaya un galimatías! —dijo. De pronto, su ceño se frunció—. ¡Hola! —exclamó—. ¿Qué es esto?

Se inclinó sobre él con el mayor interés, examinando atentamente las hojas con auxilio de una poderosa lupa. Cuando terminó de hacerlo, su rostro resplandecía de satisfacción.

—Mira esto, Wimsey —dijo.

Caleb se puso a su lado, mirando el abierto cuaderno a través de la lupa que sostenía Penberthy.

—Observa esas marcas —le indicó éste—. No se ven muy claras, pero parece que alguien ha estado escribiendo encima de las hojas con un lápiz duro, que ha dejado su huella en ellas. Si ha sido así, me atrevo a asegurar que el asesino copió el contenido del cuaderno en un papel que apoyaba sobre éste. ¿Qué te parece?

Mirando con atención, Caleb pensó que Penberthy tenía razón. Las huellas del lápiz aparecían en algunas de las hojas del cuaderno, más o menos marcadas, pero en las cuatro últimas hojas no vieron nada, por más que las examinaron con la mayor atención.

—¡Ya sé a qué es debido eso! —exclamó Caleb de pronto—. Había unas huellas semejantes a éstas en el secante de la carpeta de una mesa de despacho que hay en el laboratorio. Las estaba examinando cuando llegó Woodward y se me fue el santo al cielo. Sin duda alguna, el asesino copió el contenido de algunas hojas, apoyándose en el cuaderno abierto y terminó de hacerlo apoyando el papel en el secante de la mesa.

—Bueno —opinó Penberthy—; entonces, no hay duda sobre lo que le hizo asesinar al profesor. No nos habíamos equivocado al pensar que era el contenido del cuaderno lo que buscaba.

—Pero ¿por qué no se lo llevó?

—Si lo hubiera hecho, habría estado bien patente el motivo —repuso Penberthy—. En cambio, copiando lo que le interesaba cabía la posibilidad de que pasara desapercibido. Afortunadamente, esas huellas han hecho inútiles sus precauciones.

—Pero... la caja no estaba forzada —opuso Bunter—. Y la única llave la tenía el profesor.

—Razón de más para sospechar que el asesino se encuentra entre las personas que viven en el edificio. Sólo alguien muy allegado a Fantiman y en continuo contacto con él pudo sacar un molde de la llave.

—Pero eso es inadmisibile —protestó Bunter—. ¿Quién de ellos iba a tener interés en hacer una cosa así?

La mirada acerada de Penberthy le interrumpió:

—Nuestra misión es sospechar de todo el mundo hasta que cada cual pueda probar su inocencia —dijo el inspector—. Tú eres muy joven aún, Bunter. Hay muchas personas de inmejorable posición

económica y social, que parecen ser pozos de virtud y poseer cuánto la vida puede dar y, sin embargo, se venden.

Sobrevino un corto silencio. Luego aseguró:

—El asesino conocía muy bien el edificio y las horas en que el guarda hacía sus rondas nocturnas. Y son muy escasas las personas que tenían conocimiento de ello.

—¿Qué hay respecto a esas huellas? —preguntó Caleb.

—Nada —repuso Penberthy, con cierta acritud—. En la caja no había ninguna, y en la pistola, sólo fueron encontradas las del profesor. En el laboratorio se han encontrado profusamente repartidas las de todos los habitantes del edificio, como era de esperar. El individuo ese trabajó con guantes y lo hizo bien. Sólo cometió un error, que quizá le cueste caro.

—¿Se refiere a la escritura?

—Exactamente. Voy a enviar este cuaderno y el secante ése a que sean examinados por el perito calígrafo de la División y que compare esos trazos con algunas muestras de escritura de cuantas personas tenían relación con Fantiman. La primera que vamos a comparar va a ser la de Spencer Dormer. No me gusta nada que haya desaparecido en un momento tan oportuno.

Así pensaba él, pero había de transcurrir bastante tiempo antes de que pudiera conseguir una muestra de la escritura de Spencer Dormer.

III

FRACASO



OCA gente había en el aeródromo de la ciudad de San Luis cuando llegó el avión procedente de Chicago. Realmente, sólo esperaban al aparato los empleados del aeropuerto y algunos pasajeros que habían de tomarlo allí.

Cuatro pasajeros del «DC4» abandonaron el aparato en San Luis, siendo reemplazados por otros tantos. Comúnmente, el avión se detenía en la ciudad el tiempo estrictamente necesario para realizar estos cambios y recoger el correo; sin embargo, aquel día

permaneció algunos minutos más de lo que era usual. Spencer Dormer, ocupando una butaca junto a una de las ventanillas, miró su reloj de pulsera con un gesto de impaciencia y luego los volvió hacia el edificio del aeropuerto.

Dos hombres vestidos de paisano se dirigían hacia el aparato, seguidos por uno de los pilotos.

«Dos viajeros rezagados», pensó, volviendo sus distraídos ojos a la revista que conservaba en sus rodillas.

Entre él suave rumor producido por los motores del avión, les oyó subir la escalera portátil con cierto apresuramiento y luego avanzar por el pasillo, hasta que los pasos se detuvieron a su lado. Uno de aquellos hombres estaba junto a él, mirándole con molesta insistencia, mientras el otro examinaba al resto de los pasajeros.

—¿Es usted Spencer Dormer?

—Si —repuso éste, sorprendido.

—Lo siento. Tiene usted que abandonar el avión.

—¿Por qué? —La sorpresa había aumentado varios grados en Dormer, a juzgar por el tono de su pregunta.

—Se lo diremos después —el otro hombre se había acercado a ellos—. Ammer, éste es el hombre que buscamos —dijo el que le había interrogado.

A pesar de que la conversación se había desarrollado en un tono mesurado, algunos de los pasajeros del avión volvieron la cabeza hacia ellos.

—Oiga: ¿se puede saber con qué derecho...? —comenzó a protestar Dormer.

—

F. B. I.

—repuso, secamente, el agente llamado Ammer—. Será mejor que venga con nosotros sin oponer resistencia. A su debido tiempo conocerá los cargos que se formulan contra usted.

Dormer había palidecido. Se puso en pie y, calándose el sombrero, salió del aparato entre los dos agentes, después de recoger el maletín que le tendía la azafata del avión, con una ronca palabra de agradecimiento.

Apenas habían pisado el suelo, cuando los empleados del aeródromo retiraron la escalera portátil y el avión comenzó a rodar por la pista. Ammer tomó el maletín de manos de Dormer, con un

«Me permite» que tenía más de orden que de ruego.

Tampoco en San Luis el sol había conseguido romper la barrera de nubes que se interponía entre él y la tierra. La mañana era oscura, tristona y fría. Dormer metió las manos en los bolsillos de la gabardina y los tres hombres se perdieron en el edificio del aeropuerto.

Un coche esperaba en la salida. El detenido fue obligado a subir a él y los dos agentes del

F. B. I.

tomaron asiento uno a cada lado del detenido.

Durante el corto trayecto hasta la ciudad, Dormer no consiguió enterarse del motivo de su detención, a pesar de sus preguntas. Sus ocasionales compañeros de viaje solo replicaron a ellas con monosílabos poco alentadores, en vista de lo cual se encerró en el mismo mutismo que ellos.

Al fin estuvieron en la Jefatura de Policía de la ciudad. Dormer pudo observar que los dos hombres iban pegados a él como sombras, ejerciendo la más estrecha vigilancia sobre su persona, y cada vez estaba más intrigado acerca del porqué de aquel lujo de precauciones.

Enseguida llegaron a uno de los despachos del primer piso, ocupado en aquel momento por un hombrecillo, pequeño, nervioso y enjuto, que le lanzó una mirada venenosa.

Estaba mirando por la ventana la inhóspita calle, cuando los tres hombres penetraron en la caldeada estancia y se volvió hacia ellos al oírles entrar.

—Conque al fin le habéis cogido, ¿eh? —preguntó.

Dormer sintió que la sangre le hervía en las venas y avanzó un paso hacia el agresivo hombrecillo.

—Si —repuso, con mal contenida cólera—. Sí... me han cogido. Y espero que me diga usted enseguida el motivo de esta estúpida detención.

—Estúpida... Usted cree que es estúpida —replicó el otro, plantándose ante él—. Veremos a ver si opina usted igual cuando le diga los motivos. El profesor Fantiman ha sido asesinado esta madrugada en Chicago... y usted ocupa el número uno de la lista de sospechosos, con una ventaja de diez millas sobre los que le siguen.

El rostro de Dormer palideció. Fue a decir algo, pero las palabras

se negaron a salir de su boca. Su interlocutor le miró al rostro con ojos cargados de desprecio. Para él, la fuga de Dormer era lo suficiente para acusarle.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Sigue usted pensando en que su detención ha sido una estupidez?

—Asesinado...; el profesor, asesinado... —repetía Dormer, una y otra vez, como atontado por aquel golpe. Si era él el asesino, había que reconocer que poseía unas envidiables dotes de actor—. ¿Para qué? —preguntó de súbito—. ¿Quién lo hizo?

—Bueno, amigo. No es usted, sino nosotros, quien tiene que preguntar. ¿Por qué salió tan precipitadamente de Chicago cuatro horas después de haber sido asesinado el profesor?

—¡Ya sé por qué lo hicieron! —exclamó Dormer, sin hacer caso de la pregunta del otro—. Fue para apoderarse del resultado de nuestras investigaciones sobre la... —Se detuvo de pronto—. Fue por eso, ¿verdad? —preguntó.

La sonrisa de Ironía que apareció en los labios del hombrecillo que tenía delante estuvo a punto de atraer su mano al rostro de aquél, pero logró contenerse.

—¿Le he preguntado por qué motivo salló de Chicago con tanta prisa después de ser asesinado el profesor? —volvió a preguntar el inspector Penberthy.

—Recibí una llamada telefónica de Nueva Orleáns diciéndome que mi madre estaba muy grave —explicó Dormer—. La tengo allí en un sanatorio desde hace un año, por prescripción facultativa...

La mirada que sorprendió en los ojos de los presentes le demostró que no le creían.

—¿A qué hora recibió la llamada?

—A eso de las seis.

—¿No se le ocurrió decirle al profesor que tenía que ausentarse?

—Claro que se me ocurrió, pero sé lo mucho que irritaba al profesor que se le molestase durante sus horas de descanso —repuso Dormer—. Bueno; se lo dije a John Lauredi, mi compañero, quien podrá atestiguar que es cierto.

—Eso se lo cuenta usted al inspector Penberthy, de la División de Chicago. Es quien lleva el caso. Yo me he limitado a ordenar su detención por orden suya. Volverá usted a Chicago en el avión de la tarde.

—Pero ¿y mi madre? —protestó Dormer—. Ella me necesita. Si está grave...

El inspector se encogió de hombros. Murmuró que no podía hacer nada, porque las órdenes eran las órdenes, y se volvió hacia los agentes que le habían conducido hasta allí.

—Llévenselo —dijo.

Dormer fue encerrado en una celda de la Jefatura de Policía de San Luis, en la cual le dejaron sólo después de registrarle a conciencia. Faltaban algunas horas hasta la salida del avión en el cual debía regresar a Chicago, y durante ellas pudo pensar con toda calma acerca de lo sucedido.

Desde luego era absurdo pensar que él había matado al profesor Fantiman. Había sido su maestro desde que abandonó la Universidad y sentía por el sabio el mismo respeto que hubiera podido sentir por su padre, de haberlo conocido. Claro que la Policía tenía derecho a sospechar de todos los que, de una forma u otra, tenían relación con las investigaciones que estaban realizando, pero era absurdo... absurdo pensar que él...

Durante horas y horas repasó la lista de personas que podían haber sido los autores de la muerte de Fantiman, de entre todas las que él conocía, sin conseguir cargar las culpas sobre ninguna de ellas. Era demasiado fuerte, un asesinato...

Su cerebro, que no dejaba de funcionar especulando sobre su obsesión, le llevó a pensar en su madre y se la imaginó en Nueva Orleans, gravemente enferma, esperando inútilmente su llegada.

«¡Qué llamada más intempestiva! —se dijo—. Soy el más sospechoso de todos, precisamente por ella. En fin, supongo que todo se aclarará...».

Pero estaba intranquilo, sin poder determinar la causa. Había algo allí que no estaba muy claro, aunque no acertaba a discernirlo. Y de pronto lo encontró, y la revelación le dejó anonadado, con la vista clavada en la pared, frente a la cual estaba sentado en su camastro.

«¡Santo Dios! —murmuró—. Será posible que alguien haya fingido esa llamada con el único objeto de alejarme de la casa».

Luego empezó a pensar que si era así, aquella persona debía de ser alguien que le conocía lo suficientemente bien para saber que su madre estaba enferma en un sanatorio de Nueva Orleans y que él no

vacilaría en acudir a su lado en cuanto recibiese la noticia de su gravedad.

«Habrá recibido Gwinny el mismo recado», se preguntó.

Su cerebro era una confusión, un caos de ideas y pensamientos del cual no conseguía sacar más que una consecuencia: que estaba detenido acusado de un asesinato que había cometido otro y que, si no podía probar su inocencia, las consecuencias iban a ser fatales para él.

Al pensar en la silla eléctrica dio un respingo... No... Todo menos eso. Investigaría por su cuenta... Quizá la Policía no tomase el debido interés en el asunto o se hubiera dejado atrás algún dato, alguna pista que él podría encontrar.

Desde aquel momento se hizo el firme propósito de huir a la primera ocasión que se le presentase. El caos que reinaba en su cerebro no le dejó ver que aquello solo podía redundar en perjuicio suyo, pues confirmarla a la Policía en sus sospechas de que había sido él el autor del crimen. La débil voz interior que se lo murmuraba insistentemente fue ahogada por la creciente ira que se alzaba en su pecho y el ansia de ser, él, precisamente él, quien diera su castigo al verdadero autor de la muerte de Fantiman.

Comenzó a especular sobre cuál sería el mejor momento para emprender la fuga, pero el hilo de sus pensamientos se dirigía siempre en línea recta hacia la idea fija de la huida, y era tal su ansiedad, que cuanto más pensaba en ella más factible la veía, así como el descubrimiento por él del asesino.

En esta disposición de ánimo le encontraron los mismos agentes que le habían detenido cuando fueron a buscarle para conducirlo al aeródromo. Dormer se dejó llevar sin hacer la menor resistencia. Solamente pidió a Ammer un cigarrillo, porque sentía un enorme deseo de fumar y en el registro le habían arrebatado incluso sus cigarros.

El avión estaba ya en el aeropuerto cuando llegaron a él, sin duda alguna esperándoles. Ammer subió con él al aparato y el otro agente permaneció en el campo hasta que el avión emprendió el vuelo. Una vez en el aire, Ammer descuidó un poco la vigilancia de su custodiado, pensando que allí tenía pocas probabilidades de poder escapar.

Dormer se comportó lo más normalmente que pudo. Charló con

el agente de mil temas indiferentes, sin volverse a referir para nada al motivo de su detención, y las dos horas que duraba el viaje transcurrieron rápidamente para los dos hombres.

Pero apenas Chicago apareció envuelto en humo y en una tenue neblina, ante la proa del avión, Ammer volvió a ser el mismo hombre precavido y vigilante de siempre. Cuando el aparato se posó en el campo de aterrizaje, los sentidos de Dormer se alertaron hasta, causarle dolor, esperando el momento propicio para huir. Tenía que hacerlo en el trayecto del aeropuerto a la Jefatura de Policía, pues una vez en ésta no tenía la menor probabilidad de conseguirlo.

Bunter esperaba en el aeródromo la llegada de ambos y se acercó a ellos apenas pisaron el suelo. Según explicó, Penberthy le había ordenado salir a su encuentro apenas comunicaron desde San Luis la noticia del regreso de Dormer, acompañado de un agente de aquella División.

Dormer conocía muy bien el aeródromo, debido a los frecuentes viajes que había tenido que realizar. Sabía que a aquella hora llegaban a él numerosos aviones y que el aeropuerto sería un hervidero de gente, que esperaría la llegada de familiares y amigos procedentes de todos los puntos de la Unión. Con un poco de suerte podría burlar a los agentes encargados de su custodia.

Bunter se aferró con fuerza a uno de sus brazos, mientras Ammer le agarraba del otro, llevando en la otra mano el maletín de Spencer, y de esta guisa se encaminaron hacia la entrada del vestíbulo.

El único momento en que, desde el punto de vista de los agentes, Dormer podía intentar la fuga con algunas probabilidades de éxito, era mientras atravesaban éste. Dormer sintió acentuarse la presión de las garras que le sujetaban, una vez Ammer entregó los billetes y comenzaron a cruzar el «*hall*».

Éste era un hervidero de gente, que formaba parlanchines grupos o retorcidas colas ante las ventanillas de las taquillas. Dormer abarcó la escena con la mirada. No. No había llegado el momento aún. Aquellos pequeños huecos que había entre los grupos se cerrarían inmediatamente ante él, impidiéndole la huida, al menor grito de aviso de los agentes. Era suicida pretender intentar ganar la puerta a través de aquélla, masa que lo ahogaría implacable al darse la voz de alarma, cerrándole el camino hacia la

libertad.

Las luces del vestíbulo estaban encendidas ya y fuera de él las brumas lo envolvían todo en una capa gris.

A empujones se abrieron paso por entre el gentío, hacia la puerta, a través de la cual se esbozaba tímidamente aún la claridad del atardecer.

En el momento de llegar a ella, Spencer presintió que su ocasión había llegado. Además, tenía que hacerlo ahora, porque una vez encerrado en el reducido espacio de un automóvil, con un agente a cada lado, nada podría hacer ya.

Dos ómnibus, detenidos ante la puerta del vestíbulo por la cual intentaban salir ellos, vomitaban su carga humana, que se precipitó dentro del «*hall*», apenas se encontró en el suelo, rechazándoles hacia adentro.

De un violento tirón logró desasirse de sus aprehensores. El brazo que sujetaba Ammer quedó libre enseguida. No así el que aferraba Bunter, pues el agente siguió agarrándole por la manga de la gabardina, y Dormer hubo de tirar otra vez, con redoblada violencia, para conseguir desasirse de él.

Los viajeros del primer ómnibus habían entrado ya en el vestíbulo. Spencer se lanzó hacia adelante antes de que nuevos viajeros le taponasen la salida, impidiéndole huir.

Aún sintió en su gabardina el tirón de las manos de Bunter, que había logrado cogerle de nuevo, lanzándose hacia él en un prodigioso salto, pero de nuevo consiguió zafarse y corrió a lo largo de la pared del edificio del aeródromo.

Bunter y Ammer intentaron seguirle, pero a la altura de la puerta se vieron contenidos y estorbados en su propósito por una treintena de personas que acababan de abandonar el segundo autobús y, aunque se abrieron paso a través de ellas a fuerza de gritos y empujones, Spencer Dormer estaba ya a cincuenta yardas de la puerta, cuando ellos lograron cruzar el umbral.

Se lanzaron hacia él como perros rabiosos, conscientes de lo que podía significar la huida de Dormer. Su fuga les decía más acerca de su culpabilidad que todas las acusaciones.

—¡A ése! ¡A ése! —gritaba Bunter, mientras corría como un desesperado.

Ammer, más ducho en aquellas lides, sacó su revólver mientras

corría, pero no pudo usarlo por miedo a herir a alguno de los presentes, y el agente de San Luis, estorbado por el maletín que llevaba en la mano, comenzó a perder terreno.

El conductor de un «taxi» intentó interponerse en el camino de Dormer, recibiendo sobre la marcha un formidable directo en la mandíbula que le lanzó contra su coche.

El fugitivo llegó a la carretera que bordeaba el lago, con Bunter pisándole los talones. Los dos eran jóvenes y ágiles, dignos rivales en una carrera como aquélla. La distancia entre ambos permanecía inalterable, aunque no era difícil predecir que el triunfo sería para Bunter, más entrenado que su rival.

Éste se dio enseguida cuenta de ello. Sin dejar de correr, se despojó de la gabardina, arrojándola al suelo. Pocos segundos después, la americana seguía el mismo camino. De pronto, Dormer abandonó la carretera, metiéndose entre los pinos, en el mismo momento en que Bunter disparaba contra él.

La persecución continuó implacable durante unos minutos más, siempre llevando a Bunter casi pegado a los talones y a Ammer más rezagado.

Ambos agentes disparaban sus armas contra el fugitivo, que avanzaba hacia el lago, perdiendo velocidad por segundos, zigzagueando entre los pinos, para ofrecer menos blanco a los disparos de sus perseguidores.

Los proyectiles silbaban lúgubremente entre los pinos, hundiéndose a veces en sus troncos con un seco chasquido, que Dormer escuchaba temeroso.

Al fin, la superficie del lago Michigan apareció entre los árboles. Era una masa de agua, negruzca y amenazadora que, sin embargo, para Dormer representaba la libertad.

Él sabía muy bien por dónde tenía que tirarse al agua. Ni un poco más arriba ni tampoco más abajo, sino precisamente por allí, porque era en aquel punto donde comenzaba el pequeño barranco, que aumentaba gradualmente de altura, alejándose de la población, hasta convertirse en el acantilado de las Black Rocks, situado unas millas más allá.

Bunter adivinó sus intenciones y redobló su velocidad. La distancia que le separaba de Spencer se redujo considerablemente y disparó de nuevo sobre él. Dormer sintió la quemadura del proyectil

en su brazo derecho, pero no hizo el menor caso de ella. Bunter apretó de nuevo el gatillo, ahora a quince yardas escasas de Dormer, pero el percutor cayó en el vacío y el joven agente lanzó una maldición.

Casi había logrado poner la mano encima del hombro de Dormer, cuando éste llegó al borde del lago y, sin la menor vacilación, se dejó caer.

Apenas un par de yardas debajo de él las aguas se abrieron para recibirle, e inmediatamente comenzó a nadar, adentrándose en el lago. Bunter percibió perfectamente su figura. Si su arma no hubiera estado descargada, era más que posible que Dormer no hubiera ido muy lejos, pero cuando Ammer quiso llegar a su lado, aquél se había alejado ya lo suficiente de la orilla como para que no se distinguiera lo más mínimo a la escasa luz del crepúsculo.

Ambos agentes se miraron en silencio, en un mutuo reconocimiento de su fracaso. Ammer se encogió de hombros. Luego dijo:

—Creo que no conseguiremos nada, pero debemos agotar las posibilidades de cogerle otra vez. Sigamos la orilla. Usted, por un lado; yo, por el otro. Tal vez le veamos salir del agua. Va herido y no puede resistir mucho tiempo...

Bunter se aferró a aquella débil esperanza. La verdad era que tenía que hacer algo, porque si se presentaba ante el inspector Penberthy, confesando su fracaso... Se echó a temblar... No quería ni pensarlo.

Pero una hora después, los dos se encontraban de nuevo en el punto de partida, más desilusionados y amargados que lo estaban antes, por no haber podido encontrar ni el menor rastro de Spencer Dormer.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IV

APARECE UNA MUJER



PENAS las aguas del lago se cerraron sobre Spencer, éste comenzó a nadar hacia el centro de la enorme masa líquida, con desesperado braceo.

De un momento a otro, esperaba oír a sus espaldas los estampidos de las armas de fuego y resonar en sus oídos los lúgubres silbidos de los proyectiles, pero nada de esto ocurrió.

«Quizá no me vean con esta niebla», pensó.

La necesidad de ahorrar fuerzas le hizo detener su desesperado movimiento de brazos. Mirando hacia atrás, vió que se había alejado unas doscientas yardas de la orilla. La línea de ésta era apenas visible detrás de la tenue cortina de niebla que se levantaba

de las aguas y, desde luego en ella no se veía que se pareciese a bultos humanos en movimiento. Claro que el fondo oscuro de la arboleda estorbaba la visión, pero aun así le pareció que no había nadie en la orilla y, de todas formas, tenía que arriesgarse a volver a ella.

El agua helada le penetraba hasta los huesos, haciendo entrechocar sus dientes. Y además estaba la herida. Al principio no le había estorbado en sus movimientos, pero ahora que la frialdad del agua parecía calarle el cuerpo de parte a parte, le dolía de una manera terrible.

Nadó lentamente hacia la orilla, utilizando solo el brazo izquierdo, porque el derecho, herido, le pesaba como el plomo. Por dos veces Intentó moverlo y no lo consiguió; sin embargo, tenía conciencia de él, por el intenso dolor que le producía la herida.

La línea de la costa aparecía cada vez más borrosa, a pesar de que se acercaba a ella con lentitud. Ello era debido a que la noche se echaba encima con pasos de gigante, empujada por la niebla y la ligera llovizna que había comenzado a abatirse sobre la tierra.

A su derecha, un resplandor rojizo, que él sabía producido por los millares de luces y anuncios luminosos de Chicago, horadaban la niebla, tiñendo de rojo las gotas de lluvia.

Se detuvo de nuevo para descansar. Sus mandíbulas entrechocaban ahora con más violencia a causa del frío, pero ni siquiera sentía el resto del cuerpo, Sabía que «algo» avanzaba pegado a su cabeza según nadaba, y que este algo era el resto de su anatomía; pero fuera de esto no tenía otra sensación, más que unos deseos enormes de dejarse ir al fondo.

Luchó con todas sus fuerzas contra la somnolencia que le invadía. La cabeza le daba vueltas, negándose a seguir controlando los movimientos de aquel cuerpo sin energía, pero Spencer, sacando fuerzas de flaqueza, se sobrepuso al mareo y comenzó de nuevo la lucha.

Los movimientos de su brazo izquierdo eran lentos, espaciados y cada vez le costaba más trabajo hacerlos. Lanzó un suspiro de desaliento al comprobar que la negrura que le rodeaba le había hecho desorientarse por completo y en aquel momento no sabía si nadaba hacia la costa o se alejaba de ella cada vez más.

El reflejo de los faros de un automóvil que pasó por la carretera,

a corta distancia de él, a toda velocidad, le mostró la dirección en que debía nadar y siguió braceando con nuevos ánimos. Unos minutos después sus pies tocaban el fondo de arena del lago.

Tambaleándose como un borracho salió del agua, dejándose caer encima de la arena, respirando fatigosamente.

Tuvo que poner a contribución toda su fuerza de voluntad para poder abrir los ojos y levantarse de nuevo. Unas yardas más allá divisó los primeros pinos y avanzó hacia ellos, tiritando intensamente. Durante unos minutos reposó, sentado junto a uno de los árboles, con la espalda apoyada en el tronco, luego siguió adelante.

No tardó en encontrarse en el borde de la carretera. Miró a su alrededor, ligeramente desconcertado. La oscuridad era absoluta, pero le pareció que había salido del agua unas yardas más abajo del sitio donde se había tirado a ella.

El reflejo de los faros de un automóvil procedente de Chicago le obligó a tenderse en la cuneta hasta que aquél hubo pasado.

Sus pies se posaron en el asfalto con delectación y comenzó a caminar con rapidez por la carretera, encontrándose mejor a medida que avanzaba.

«¿Qué hará Gwinny en estos momentos?», se preguntó.

Tenía que llegar a su casa. Era el único refugio que se le ocurría de momento. El pensamiento de que la muchacha estaría, tal vez, cenando tranquilamente en su hogar, confortable y acogedor, mientras él soportaba el frío, la lluvia y el hambre, le hizo lanzar un suspiro.

¿Podría llegar hasta ella? ¿O estaría la casa vigilada por la Policía, esperando verle aparecer? Este pensamiento le sugirió la idea de que no podía seguir por la carretera. Probablemente los dos agentes que le custodiaban habían llegado ya a Chicago, y, dada la voz de alarma, no tardarían en salir bien acompañados, para dar una batida por las orillas del lago.

«¡Demonio!», exclamó.

De un salto abandonó la carretera y siguió avanzando a campo traviesa, llevando en el alma la negrura de la noche. La fría llovizna caía sobre su cabeza y espaldas, contribuyendo a aumentar su pesimista estado de ánimo.

¿Estaría su madre realmente enferma o aquella llamada había

sido tan sólo una treta para sacarle del laboratorio después del crimen?

Al pensar en esto rechinó los dientes con ira y recordó sus primeros propósitos de atrapar al criminal. ¡Con qué gusto le retorcería el pescuezo si lo conseguía!

La herida del brazo le seguía doliendo, pero, en general, se encontraba mucho mejor. Encontró un caminito y siguió por él. Chicago seguía elevando hacia el cielo las luces de su iluminación a la derecha, lo cual significaba que había estado caminando paralelamente al cinturón de la ciudad, y pensó que ya se había alejado lo suficiente de la carretera para su seguridad.

«¿Cómo entrar en Chicago?», se preguntó.

Se daba perfecta cuenta de que el estado en que se encontraba era el más a propósito para atraer sobre su persona la curiosidad del primer patrullero que se encontrase, cosa que no le convenía ni mucho ni poco.

Hasta aquel momento no había encontrado alma viviente en su camino. El ladrido cercano de un perro fue la primera señal de vida que oyó desde el paso del automóvil.

De pronto se detuvo, observando con ansiedad. Ante él se movía una luz. Al principio no se dio cuenta de lo que significaba, hasta que al fin cayó en la cuenta de que era una pequeña lámpara o farol que avanzaba hacia él. Detrás de la luz distinguió enseguida la silueta del hombre que la sostenía. Sin duda alguna procedía de Chicago.

Spencer se hizo ligeramente a un lado del camino. El hombre del farol no le había visto aún, porque quedaba fuera de la línea de luz. Dormer vió caer las gotas de lluvia al trasluz y enseguida se dio cuenta de que aquel hombre se cubría con una gabardina que le hizo abrir los ojos con codicia.

El hombre se acercó a él sin la menor sospecha. Al llegar a la altura de Spencer, levantó la luz, iluminando su rostro.

La exclamación de sorpresa que lanzó al verle no sorprendió a éste. Su aspecto —sin americana, con la manga derecha de la camisa llena de sangre, despeinado, sucio y calado hasta los huesos— justificaba sobradamente cuanto el otro pudiera pensar.

Spencer tendió una mano hacia él.

—Me atracaron... —dijo—. He estado metido en una acequia...

El otro le miró incrédulo. Era de la misma estatura que Spencer, pero menos corpulento y mucho más viejo. Dormer se lamentó en su interior por lo que iba a hacerle.

El hombre del farol se dejó engañar por la palidez de su rostro y avanzó dos pasos hacia él.

—¿Está herido? —preguntó con voz ronca, bajando la luz.

Era lo que Spencer esperaba. Su puño izquierdo salió disparado de pronto hacia adelante. El hombre ni lo vio llegar siquiera. La primera noticia que tuvo de que iba a recibir el golpe fue cuando cientos de estrellas de todas magnitudes comenzaron a bailar ante sus ojos, como si, de pronto, se hubiera esfumado la negrura de aquella noche de febrero para dar paso a una magnífica noche primaveral. Pero esto duró poco, sólo una fracción de segundo. Enseguida volvió a rodearle la oscuridad y cayó al suelo.

«Ese golpe no lo mejora ni Joe Luis», se oyó decir a sí mismo Spencer.

Le había puesto de buen humor el comprobar que aún tenía algunas reservas de energías y que disponía de una gabardina para encubrir el deplorable aspecto que presentaba, con el cual hubiera sido muy arriesgado entrar en la ciudad.

El farol se había apagado al chocar contra el suelo, pero aquello no fue obstáculo para que Spencer despojase al caído de la gabardina con la mayor celeridad, al llegar a sus oídos el rumor de voces que se acercaban.

Se la puso mientras andaba, alejándose de su víctima. Se cruzó con dos hombres que charlaban animadamente, y ni siquiera le concedieron una mirada. Nada más rebasarlos apretó el paso, sintiendo que un calor nuevo se difundía por sus venas. Enseguida oyó tras él una exclamación de sorpresa y echó a correr hasta perder el aliento.

Las primeras casas de Chicago se presentaron ante su vista. Spencer se alisó los cabellos con las manos y se lanzó por sus calles, tornándose más cauteloso a medida que se acercaba a casa de su hermana.

Los periódicos no llevaban la noticia de su fuga. Seguramente ésta no había llegado a tiempo de alcanzar la edición o los agentes no habían querido confesar su fracaso aún. Lo que ocurría en realidad era que Penberthy no había querido dar a la publicidad

aún el asesinato del profesor Fantiman, porque le interesaba mantener oculta la noticia el mayor tiempo posible.

Gwinny Dormer vivía en la calle Rogers. Ocupaba un coquetón departamento compuesto por dos habitaciones y una pequeña cocina, que compartía con otra compañera de oficina.

El departamento era acogedor y se notaba la intervención de manos femeninas en el decorado y distribución de los muebles. Sobre todo el «*living room*» era un prodigio de comodidad y «confort», con sus cojines profusamente diseminados por él, sus mesitas bajas y sus lámparas portátiles con pantallas de colores claros que habían sustituido la iluminación desde el techo.

Unas cortinas de cretona cubrían los huecos de las ventanas, evitando en parte el paso de la luz del día cuando así convenía, ya que, siguiendo la costumbre establecida en casi todas las grandes ciudades norteamericanas, las ventanas carecían de contraventanas.

Gwinny trabajaba en las oficinas de los grandes y famosos mataderos de Chicago. Había llegado a la ciudad dos años antes, mucho después que Spencer, el cual habitaba en el laboratorio. Ambos se querían entrañablemente y era raro el día que no se veían. Unas veces se encontraban en algún parque o paseo de la ciudad y otras era Spencer el que la visitaba en su piso.

Como resultado de ello se había establecido una corriente de mutua simpatía entre Spencer y Alina, la compañera de piso y de trabajo de Gwinny, cosa que no desagradaba a ésta, porque conocía a ambos a fondo y sabía que hacían una buena pareja y que serían muy felices si algún día llegaban a contraer matrimonio.

En aquellos momentos, Gwinny, cómodamente sentada en un sillón, leía una revista de modas a la luz de una lámpara portátil colocada sobre una mesita.

Aquel día Spencer no había ido a verla. Claro que no era la primera vez que esto sucedía, sobre todo en los últimos tiempos, en que, al parecer, su hermano estaba muy ocupado, enfrascado en sus trabajos de investigación, y, por eso mismo, no se preocupó lo más mínimo.

Con un gesto de hastío dejó la revista en la mesita que tenía al lado y se puso en pie.

Gwinny correspondía al tipo perfecto de la mujer americana.

Alta, esbelta, estilizada, de líneas suaves y elásticas, daba la sensación de una gran vitalidad y alegría. Sus movimientos eran precisos y fáciles, como correspondería a una mujer que dedica buena parte de su tiempo a la práctica de los deportes.

Tenía el pelo castaño, recortado en forma de corona, conforme al último y práctico grito de la moda del peinado, y su rostro, que mostraba un leve parecido con el de su hermano, era de facciones correctas, limpias y armoniosas.

Miró su reloj de pulsera y frunció el ceño al comprobar que eran las nueve de la noche. Demasiado tarde para ir a ningún espectáculo y demasiado pronto para meterse en la cama.

Aquello la decidió a abrir la radio y a sentarse a su lado con una novela de Margaret Mitchell en las manos. La música de baile se expandió por la pequeña estancia y sus ojos se deslizaron por las primeras líneas.

Habían pasado escasos minutos cuando la voz del «*speaker*» sustituyó a la música, haciéndola levantar los ojos de la lectura.

—Buenas noches, señores —decía aquél—. Interrumpimos unos minutos nuestra emisión de música para comunicarles una noticia trascendental. El profesor Peter Fantiman ha sido asesinado anoche en su laboratorio...

El corazón de Gwinny dio un salto y la muchacha se inclinó hacia el aparato.

—... la Policía y el

F. B. I.

realizan activas gestiones para descubrir al asesino. Hasta ahora las sospechas recaen sobre Spencer Dormer, ayudante del profesor, que ha desaparecido del laboratorio...

Gwinny siguió la retransmisión con la mayor ansiedad. El nombre de su hermano como presunto culpable la había hecho lanzar un pequeño grito de sorpresa y horror. Luego en su interior se alzó una voz en defensa de Spencer. «¡No podía ser! ¡No podía ser!...». Ella sabía muy bien la veneración que el muchacho sentía hacia el profesor.

La radio seguía dando detalles del crimen.

—El cadáver fue descubierto por John Lauredi, otro de los ayudantes de Fantiman. Enseguida se echó de menos a Dormer, y cursadas las órdenes oportunas por el inspector jefe Penberthy, fue

detenido en San Luis, cuando huía en el avión de Nueva Orleans...

¡Spencer detenido! Gwinny se puso en pie de un salto, mientras repasaba mentalmente la lista de sus amistades, buscando una de la cual pudiera valerse para ver a su hermano.

La radio continuaba hablando, y las últimas palabras atrajeron la atención de Gwinny.

—... pero logró huir tirándose de cabeza al lago Michigan. Se sabe que logró salir de él, porque una hora después golpeó a un individuo en el camino de Low Monastery, despojándole de su gabardina. Por tanto, se interesa de todos los que...

Gwinny ya no escuchaba. ¡Spencer había logrado huir! Aquello la llenó de alegría, pero enseguida ésta se trocó en amarga sospecha. ¿Por qué Spencer había huido por dos veces, si era inocente?

No acertaba a comprenderlo. Comenzó a pasear por la habitación sin saber qué hacer ni qué pensar de todo aquello. ¡Spencer perseguido por asesino! Era absurdo... era ridículo y era... Pero había huido primero y se había fugado después de manos de la Policía, lo cual aumentaba las sospechas que ya existían contra él.

Se imaginó a su hermano perseguido, acorralado como un perro en aquella fría noche de febrero, y sus ojos se anegaron en lágrimas.

Los minutos pasaban lentos, agobiadores, sin que ella fuese capaz de encontrar una solución a aquel problema. ¡Si siquiera supiese dónde estaba Spencer! Correría a ayudarle y...

—El timbre de la puerta de la calle correspondiente a su departamento resonó en el pasillo, haciéndola dar un salto. ¿Quién sería a aquellas horas?

«Seguramente la Policía —se dijo—. Querrán saber algo de Spencer».

El timbre volvió a sonar, esta vez con mayor insistencia. Gwinny apagó la luz del departamento y se acercó a la ventana, mirando hacia abajo, pero no pudo distinguir más que el leve resplandor de la lámpara de la puerta de la calle.

El timbre sonó de nuevo. Quien lo pulsaba debía de estar impaciente. Gwinny salió a la escalera y empuñó la manivela que abría la puerta de la calle desde arriba. Luego esperó a la puerta de su departamento con el alma en un hilo.

De abajo llegó a sus oídos el ruido de la puerta al cerrarse de

nuevo. Luego resonaron en la escalera las rápidas pisadas de alguien que subía, mezcladas con una respiración jadeante, estertorosa.

Era sólo un hombre. Aquello la hizo pensar que no se trataba de la Policía. Ella había leído muchas veces que los agentes de la autoridad solían actuar siempre por parejas...

El hombre apareció ante ella, en el rellano de la escalera. Al principio no le reconoció, porque llevaba el cuello de la gabardina subido hasta las orejas, y por encima de él sólo pudo entrever un rostro pálido como la cera y una cabellera revuelta y...

—¡Spencer! —exclamó en voz baja—. ¿Eres tú? Spencer...

El la empujó dentro del departamento, cerrando la puerta a sus espaldas. Una vez allí, Gwinny se echó en sus brazos, pasándole la mano por la revuelta cabellera.

Enseguida le tomó de una mano, conduciéndole al «*living room*». Encendió la luz y ambos quedaron frente a frente, ella mirándole anhelante. Spencer, con los brazos caídos a lo largo de los costados, respirando afanosamente.

Una infinita piedad inundó el alma de la muchacha al comprobar su lastimoso estado, pero no hizo preguntas inútiles. Le ayudó a despojarse de la gabardina y luego le empujó suavemente hacia un sillón, donde Spencer se dejó caer, abatido, deshecho.

—Lo oí por la radio —dijo ella entonces—. ¿Verdad que tú no lo hiciste? Dime que no fuiste tú...

Esperó la respuesta con ansiedad, deseándola y temiéndola al mismo tiempo. Su hermano no podía engañarla a ella, que le conocía tan bien.

—Yo... no maté al profesor —repuso Spencer, mirándola a los ojos.

Gwinny exhaló un suspiro de alivio, y como si aquello la hubiera descargado de un peso mortal que la impedía la acción, se tornó de pronto toda actividad.

Corrió a la cocina, enchufándola y poniendo algo a calentar en ella. Luego pasó al cuarto de baño y, llenando una palangana de agua caliente, volvió junto a su hermano. Dormer seguía desplomado en el sillón, en la misma postura que le había dejado, sin conseguir hilvanar el menor esfuerzo para cambiar de posición.

Gwinny se había fijado ya en la camisa manchada de sangre.

Con mano diestra le arremangó la manga derecha hasta dejar la herida al descubierto. Ésta presentaba un aspecto bastante feo. Gwinny la lavó con esa suavidad que sólo son capaces de tener las manos de una mujer cuando se trata de cuidar a un ser querido. Dormer no dijo nada. Permanecía tendido en el sillón con los ojos cerrados, respirando fatigosamente, pero pareció sentirse mejor cuando su hermana extendió sobre la herida una pomada de penicilina y luego se la vendó cuidadosamente.

—¿Ha venido a verte la..., Policía, Gwinny? —preguntó.

—Aún no —repuso ella, y los dos hermanos permanecieron mirándose, mientras por la imaginación de ambos cruzaba el mismo pensamiento:

—Quizá no tarden en hacerla.

Después de despojarse de sus mojadas ropas y de cubrir sus desnudeces con una manta, Spencer Dormer se enfrentó con la cena que su hermana había preparado. Una sopa bien caliente, un trozo de pollo frío y café. Después del refrigerio se sintió mejor, y mucho más aún cuando la muchacha le puso un «Old Gold» entre los labios y le preguntó, después de encendérselo:

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué puedes prepararme?

—Un «Westchester Delight» —repuso ella—. O un «Scotch» de *brandy*... o...

—Prefiero el *brandy* solo —repuso Spencer.

Saboreó la bebida con delectación. Gwinny se sentó en la alfombra, a sus pies, esperando que Spencer hablase.

—¿Y Alina? —preguntó éste.

—Se marchó ayer con permiso. Un mes.

Siguió un nuevo silencio, que al fin rompió la muchacha.

—Spencer, ¿no tienes idea de quién lo hizo?

—Ni la menor, te lo aseguro.

—¿Por qué te marchaste?

—Recibí un recado telefónico de Nueva Orleáns diciéndome que mamá se encontraba muy grave... Ahora me doy cuenta de que fue un ardid para hacerme salir de Chicago y señalarme a la Policía... Supongo que tú no recibirías ningún recado...

—No. ¿Por qué no me avisaste?

Spencer se encogió de hombros.

—Realmente, ni lo sé —dijo—. Era de madrugada... Pensé que tal vez te hubieran llamado a ti también.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Sería feliz si pudiera contestarte a esa pregunta, nena —repuso él, aplastando la colilla contra el cenicero—. Estoy más desorientado que un caballo en un restaurante. Al principio pensé en hacer yo algunas indagaciones por mi cuenta... pero ahora voy viendo que eso es más difícil de lo que yo imaginaba.

Los ojos de Gwinny relucieron.

—Pero, Spencer... eso es magnífico. Yo te ayudaré. Si pudiéramos descubrir al asesino... nosotros...

El movió la cabeza dubitativamente.

—No podremos, Gwinny —dijo—. No conocemos los detalles del caso ni...

—Los sabremos mañana por la Prensa. No te desanimes, Spencer. Tal vez podamos hacer algo.

El creyó que le decía esto por darle ánimos, pero la verdad era que Gwinny estaba convencida de poder hacer algo, y una Idea se le fue metiendo en el cerebro.

La ropa de Spencer había sido extendida sobre el radiador de la calefacción, después de sacar el contenido de los bolsillos, que era bien poco, pero había unas llaves. Gwinny las tomó de encima de la consola, sobre la cual las había puesto, mostrándoselas a Spencer.

—¿De dónde son estas llaves?

—De la puerta del laboratorio, de mi habitación... y algunas más. No sé cómo están ahí. Me pasaron un peine muy fino en San Luis y me lo quitaron todo. Claro que seguramente buscaban papeles o sitios donde pudieran esconderse, pensando que allí estarían las anotaciones de Fantiman, y como en una llave no puede esconderse nada, por eso me las dejaron. Me quitaron hasta los cigarros los tipos aquellos.

—Señálame adónde pertenece cada llave.

Había seis en el llavero. Spencer le detalló la puerta que abría cada una. Luego la miró con sospecha.

—Oye, Gwinny. Supongo que no irás a hacer ninguna tontería. Yo...

—Oh, no, querido. Puedes estar bien tranquilo. Bueno, Spencer. Creo que necesitas dormir un rato. Puedes ocupar la cama de Alina.

Mañana buscaremos un alojamiento para ti.

—No es mala idea —repuso él, aviniéndose a los deseos de su hermana, que tan bien cuadraban con los suyos propios.

Sentía una agradable pesadez en la cabeza y sus ojos se cerraban sin que se diera cuenta de ello. La herida no le dolía ahora, y ello unido al agradable calor reinante en la estancia, al enorme cansancio físico que sentía y al efecto de una buena digestión, estaba obrando como un sedante sobre sus nervios.

Gwinny le ayudó a trasladarse a la estancia inmediata, que hacía las veces de dormitorio. Spencer se deslizó entre las tibias y olorosas sábanas de la cama de Alina, y unos minutos después de dejar caer la cabeza sobre la almohada dormía pesadamente.

Gwinny esperó aún un poco más, hasta convencerse de que Dormer estaba sumido en las profundidades del sueño. Luego, decididamente, se puso un impermeable, tomó un bolso, en el cual metió algunas cosas, y salió silenciosamente del departamento.



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

LLEGA EL INTRUSO



abundantes ocasiones aquella noche para maldecir a Spencer Dormer por su intempestiva fuga, porque a causa de ella estaba pasando la noche más mortalmente aburrida de toda su existencia.

El inspector Penberthy había montado en cólera cuando se enteró de ella, y el pobre Bunter, con el rostro contristado, hubo de aguantar un chaparrón de improperios, entre los cuales se destacaba por su blandura y su frecuencia el de inútil.

Wimsey dio un suspiro de satisfacción al recordar que había pedido ser él quien fuese al aeródromo a esperar al detenido y que el inspector mandó a Bunter para que Caleb permaneciese con él, estudiando juntos diversas facetas del caso. Aunque se decía que a él no se le hubiera escapado Dormer, la verdad es que no estaba tan seguro de ello, pues conocía a Ammer, de la División de San Luis;

sabía que era un agente duro y peligroso, avezado a luchar contra los promotores del juego de te ciudad y del Estado de Missouri, y cuando él no había podido hacer nada por impedirle la fuga...

El tal Dormer había demostrado ser un sujeto de cuidado y con los redaños bien colocados, para haberse fugado de aquella manera, si bien una de las cosas que había conseguido con ello había sido concretar las sospechas que ya existían contra él y poner sobre sus huellas a los mejores sabuesos del

F. B. I.,

y de la Policía.

El, Caleb Wimsey, no estaba muy convencido personalmente de que Dormer fuese el asesino, a pesar de que todo parecía demostrarlo; no sólo su huida y la fuga posterior del ayudante de Fantiman, sino otros detalles, como, por ejemplo, el hecho de que no fuese cierto que había recibido aquella llamada telefónica. Al menos así había sido informado Penberthy desde Nueva Orleáns, de la manera más rotunda. No había sido puesta conferencia telefónica alguna con Chicago a aquellas horas al nombre que se indicaba.

Penberthy había sonreído con malicia al leer el informe, y esperó la llegada de Dormer para restregárselo por la cara, pero se quedó con las ganas, porque quien llegó fue un Bunter abatido, tembloroso y alicaído, explicando entre balbuceos la huida del joven físico.

Y por eso estaba él allí aquella noche, aburriéndose como una ostra. El inspector había insistido en que era preciso vigilar el laboratorio de día y de noche. Quizá Dormer hubiese dejado olvidado algún detalle y volvería a hacerlo desaparecer, o tal vez, vagabundeando sin ropa y muerto de hambre, se le ocurriese dejarse caer por allí, pensando que aquel sitio sería el último en que nadie pensaría en buscarle.

Según Caleb, era una idea descabellada, pero no tuvo más remedio que obedecer las órdenes de Penberthy, y a las diez de la noche se trasladó al laboratorio, llevando debajo de su gabardina una aplastada botella de *brandy* para que le ayudase a pasar las horas de tedio que le esperaban. Y aquello tenía que ir a suceder precisamente aquella noche, en que él había quedado citado con aquélla había... ¡Maldita fuera tal y cual cosa! Era como para beberse un litro de lejía...

A la una estaba dando cabezadas, sentado en un sillón del «hall», después de escuchar durante dos interminables horas la charla insustancial del guarda nocturno, que se empeñaba en hacerle saber toda la historia de su vulgar y anodina vida, por más que a él pareciese un interesante capítulo de novela.

—¡Ah! —dijo más de una vez—. Con lo que yo he pasado, cualquier escritor haría una novela estupenda.

Caleb asentía distraídamente, mientras procuraba adivinar cómo se las arreglaría el mejor novelista para sacar algo que valiese la pena de aquella vida vulgar. El guarda era un charlista incansable. Las largas horas pasadas en silenciosas rondas le habían dotado de unas ganas enormes de hablar y no iba a perder la ocasión, ahora que ésta se le había deparado un compañero. Nada le importaba que Caleb ni le escuchase siquiera, asintiendo de vez en vez a sus palabras, mientras dormitaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

De esta forma le explicó algunos secretos de política internacional, de los cuales era seguro que ni siquiera Dean Acheson, el secretario de Estado, tenía la menor noticia. Dio cuatro o cinco normas para solucionar la carestía de la vida, la guerra de Corea y el espinoso problema de las relaciones con Rusia... y de pronto Caleb levantó la cabeza avisado rápidamente por su vigilante subconsciente de que algo ocurría cerca de él.

El guarda se detuvo en su insulsa charla y se quedó mirando el rostro del agente, que expresaba la mayor atención.

—¿No ha oído nada? —preguntó Wimsey, y el guarda movió la cabeza negativamente.

Escucharon en silencio. Sólo se oía el rumor de la lluvia fuera y algún que otro ruido nocturno, apagado por la distancia. Caleb tenía un oído muy fino. Algo así como un roce imperceptible llegó hasta él, sobresaliendo de los demás ruidos.

—Apague esa luz —ordenó al guarda en voz baja.

Éste obedeció, oprimiendo el botón que mantenía encendida la lámpara que iluminaba la escena, y el «hall» quedó a oscuras. Caleb se inclinó sobre su acompañante.

—Alguien anda por el piso de arriba. Escuche.

De nuevo tensaron el oído, alertas. El débil roce se repitió, ahora más distintamente. ¿Era posible que Penberthy tuviese razón al fin

y que Spencer Dormer hubiera regresado al laboratorio? Por si acaso, Caleb sacó su «Luger» de la funda, deslizándola en el bolsillo derecho de la americana.

Por el hueco de la escalera llegó hasta el «*hall*» el débil resplandor de una luz, que pasó fugazmente.

—Va hacia la escalera que baja al laboratorio —le informó el guarda en un bisbiseo, y Caleb asintió.

—Vamos allá —decidió.

Subieron la escalera en silencio, hasta llegar al pasillo del primer piso, por el cual el misterioso visitante nocturno se había deslizado hacia la otra escalera. Antes de desembocar en él, Wimsey se asomó con precaución. No había nadie en el pasillo. Quienquiera que fuese la persona que acababa de cruzarlo, descendía ya por la otra escalera y hacia ella se dirigieron los dos hombres, con las mayores precauciones, para evitar que el intruso se apercibiese que había sido descubierta.

El pasillo de abajo estaba iluminado por un tubo de «neón» y su sombra azulada rompía levemente las tinieblas, de la escalera. Caleb, seguido del guarda, se aventuró por ella, asomándose hacia el laboratorio. La puerta de éste estaba cerrada. Durante un buen rato, los dos hombres esperaron en la escalera, pero no ocurrió nada.

—¿Estará allí? —preguntó el guarda, señalando la puerta.

—Seguramente —repuso Caleb—. Vamos a acercarnos.

Avanzaron hacia la puerta, de puntillas, pegados a las paredes del pasillo. Si era Dormer quién estaba allí, no podía correr riesgos. Había demostrado ser un hombre de temple y no dudaría en matar si se veía cogido de nuevo.

Estaban cada uno a un lado de la puerta, dudando sobre si entrar de pronto en el laboratorio o esperar a que saliera el otro, cuando la puerta comenzó a abrirse lentamente. Caleb y el guarda se aplastaron contra la pared y el primero estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa al ver asomar al pasillo un rostro de mujer.

Ésta le vio enseguida y retiró rápidamente la cabeza, intentando cerrar la puerta, pero Wimsey fue más rápido. Su pie se interpuso entre ambas hojas, impidiendo a la mujer consumir su propósito. Luego rechazó la hoja de la puerta y penetró en el laboratorio, encendiendo la luz.

La mujer estaba ante él, apoyada en una mesa corrida llena de frascos, mirándole ansiosamente, mientras su pecho subía y bajaba velozmente a impulsos de la ansiedad de su respiración.

Caleb la miró desde la puerta con ironía. Enseguida se percató de dos cosas: que era muy hermosa y que estaba asustada, y ambas le agradaron. La primera, porque las mujeres guapas eran su debilidad, y la segunda, porque así sería más fácil de manejar.

Avanzó dos pasos hacia ella, mientras se guardaba de nuevo la pistola.

—Bueno —preguntó—. ¿Qué hace usted aquí?

Gwinny Dormer no contestó. El color había huido de sus mejillas y por primera vez comenzó a considerar la tontería que había hecho. Ahora podrían descubrir por ella el paradero de Spencer.

—¿No me contesta? —Tornó a preguntar Caleb, mirándola especulativamente.

Sus ojos se detuvieron un instante en las bien formadas piernas, que se entreveían a través del impermeable de plexiglás, y no pudo por menos de hacer un movimiento de aprobación con la cabeza.

—Vamos —apremió—. Supongo que no irá a decirme que se equivocó de casa. ¿Quién es usted?

—Me llamo Gwinny... Dormer —repuso ella.

Luego se mordió los labios, pero ya era tarde para deshacer el error.

—¡Ah! Conque Dormer, ¿eh? Supongo que será usted hermana de Spencer Dormer. ¿A qué vino?

Notó la vacilación de sus ojos y el temblor de sus labios. El guarda permanecía al lado de Caleb mirando a la muchacha con curiosidad. Éste se volvió hacia él.

—Haga el favor de esperarme en el pasillo —le dijo. Y como el guarda se hiciera el remolón, agregó—: Vamos. Salga, he dicho.

El guarda obedeció de mala gana. Aquél sí que era un capítulo interesante en su vida. Ahí era nada. Haber coadyuvado a la detención de la hermana del asesino del profesor Fantiman y haber escuchado el primero su declaración. Aquel maldito polizonte le había chafado la noche.

—Bien —dijo Caleb, apenas estuvieron solos—. Espero que me diga ahora qué vino a buscar aquí. Supongo que la mandó su hermano.

—Spencer no sabe que he venido —repuso ella, y a pesar del término asustado de su voz, Caleb se admiró de la musicalidad que podía encerrar una voz de mujer.

—¿Entonces...?

—Vine por mi propia voluntad.

—¿Quién le dio las llaves? Supongo que no habrá entrado a través de la puerta cerrada.

Ella no replicó a la ironía.

—¡Ah, vamos! Se las dio su hermano, ¿no es así?

—No... no... Yo... —empezó a decir ella, pero su mismo azoramiento dijo a Caleb que había dado en el clavo.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿En su casa, tal vez? —ella no replicó—. Bueno; tendrá usted que acompañarme a Jefatura —continuó él—. El Inspector se alegrará de verla.

—No, no —suplicó ella, avanzando hacia él las manos juntas en suplicante ademán—. No me lleve. Se lo explicaré todo...

—Está bien. ¿Quién le dio las llaves?

—Mi hermano.

—¿Dónde está él?

—En... en mi casa.

—Deme la dirección.

—¡Oh, espere!... Yo... —Hundió el rostro entre las manos y comenzó a sollozar.

Caleb la miró estupefacto. Luego frunció el ceño sin acertar a explicarse qué había ido a buscar allí aquella mujer.

—Vine para ver si podía encontrar algo que pudiera ayudar a Spencer —confesó ella, respondiendo a la pregunta de Caleb, mientras se limpiaba del rostro las huellas de las lágrimas—. Mi hermano es inocente —agregó, con más vehemencia, y Caleb asintió inconscientemente con la cabeza, lo cual animó a Gwinny—. Es inocente. Tiene que creerme.

—Entonces, ¿por qué huyó?

—Recibió una llamada...

—No es cierto. Su hermano no fue llamado desde Nueva Orleans —replicó brutalmente.

Gwinny le miró, con los ojos asombradamente abiertos.

—¿Que no...? —preguntó, aterrada—. Pues él me dijo...

—No importa lo que él dijera. ¿Qué pensaba usted encontrar

aquí?

—No lo sé, en realidad. Pensé que tal vez se les hubiera pasado a ustedes algo por alto.

Aquella espontánea confesión hizo soltar a Caleb una exclamación poco académica, muy del agrado de Bunter.

—Bueno —preguntó después, ligeramente divertido—, y ¿ha encontrado usted algo?

Ella le miró, vacilante.

—Creo que sí —repuso.

—¿Cómo? —preguntó el agente, sorprendido—. Veamos qué es ello.

Gwinny tendió hacia él una mano abierta. Caleb se inclinó sobre ella con curiosidad y vio que lo que la muchacha tenía en la mano eran dos o tres tiritas de papel, retorcidas hasta parecer delgadas cuerdas de unas tres pulgadas de longitud.

—¿Es eso lo que encontró? —preguntó, decepcionado.

—Sí —repuso ella—. Estaban en el suelo.

—¿Supone que las dejó el asesino?

—Naturalmente —repuso ella, con el mayar aplomo—. No sé si antes o después de matar al profesor, pero las dejó él, estoy segura. Debe ser una costumbre suya el hacer esto cuando está nervioso y...

Caleb movió la cabeza hacia ambos lados.

—Tiene usted muchas novelas policíacas debajo del pelo, nena —repuso—. ¿Sabe que ayer no se limpió el despacho en todo el día? Esos papeles ya los he visto yo, pero créame, no les doy la menor importancia.

Gwinny dejó caer el brazo, abatida. Había creído hacer un descubrimiento sensacional y las palabras de Caleb echaban por tierra su esperanza.

—Ande. Sea buena chica y dígame dónde vive —sugirió él, pero Gwinny movió la cabeza obstinadamente—. Está pensando en que iré a detener a su hermano apenas me lo diga, ¿no es así?

Ella afirmó con la cabeza.

—Pues está usted equivocada, nena —repuso él sonriendo, y la muchacha le miró, perpleja—. Sólo deseo ayudarla. Personalmente estoy convencido de que su hermano es inocente, aunque creo que ha montado en un mal caballo; pero, en fin, si no me lo quiere decir, allá usted. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó la muchacha, asustada—. ¿Va usted a detenerme?

—Eso es lo que debía de hacer —repuso Caleb—. Pero no puedo evitarlo. Soy un romántico terrible y voy a ayudarla. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—En un «taxi» —repuso ella, sin dar crédito a sus oídos.

—¿La está esperando?

—Sí. A media milla de aquí. En la estación de servicio.

—La acompañaré hasta él —decidió Caleb—. Y permítame decirla, una vez más, que no debió hacer esto y que su hermano debe entregarse. Nada le ocurrirá si es inocente.

Ambos salieron del laboratorio. El guarda se acercó a ellos con interrogante expresión.

—Se terminó la diversión, amigo —dijo Caleb—. Ábranos la puerta.

—¿Se la lleva?

—Naturalmente.

Un minuto después estaban fuera del edificio. Había cesado de llover y el silencio era absoluto. Ambos caminaron por la carretera en silencio. A media milla encontraron el «taxi», cuyo conductor esperaba impaciente, charlando con el encargado de la gasolinera. Apenas los vió, comenzó a gruñir. Gwinny le dejó desahogarse. Luego se volvió hacia Caleb.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda —dijo—. No sé por qué lo hace usted...

—Quizá me hayan impresionado sus ojos —repuso él, en broma.

Ella le tomó impulsivamente una mano y la estrechó con fuerza.

—Volveremos a vernos —afirmó.

—Sí... sí... Claro que nos volveremos a ver —repuso Caleb.

La muchacha subió al coche. El conductor dio la vuelta con pericia y se alejó hacia Chicago, dejando en la estación de servicio a Caleb y al encargado de ésta, que le miraba pensativo.

El agente se volvió de pronto hacia él.

—¿Tiene algo con ruedas que pueda llevarme a Chicago? —le preguntó—. Lo necesito con urgencia —agregó, mostrándole la placa.

—Ya lo creo —repuso el hombre, con rapidez—. Puede usar mi motocicleta —dijo, señalando con la cabeza una «Harley» que

estaba apoyada en la pared, debajo de la marquesina.

—Muchas gracias. Se la devolveré mañana.

Con veloces y precisos movimientos, se acomodó en la «moto», pisando la puesta en marcha. La máquina avanzó enseguida con un leve runruneo, y unos segundos después, Caleb partía en seguimiento del «taxi» que conducía a Gwinny Dormer hacia Chicago.

No tardó en divisar la luz roja del piloto del «taxi» y entonces aminoró la velocidad, manteniéndose a prudente distancia del vehículo.

Minutos después penetraba éste en las calles de Chicago, solitarias a aquellas horas de la noche. Caleb le seguía con la motocicleta a una distancia de cincuenta yardas, con el cuello de la gabardina subido hasta los ojos.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VI

¡CERDO... TRAIADOR!



UNTER estaba de guardia en Jefatura. Sentado en una silla, con los pies encima de la mesa del despacho de agentes, lanzaba al cielo melancólicamente nubes de humo que arrancaba de su pipa, mientras pensaba en el «patinazo» que había dado aquel día, y que significaba para él algo más que una mera reprimenda del inspector. Seguramente no dejaría de tenérsele en cuenta aquel fracaso para servicios posteriores, y al solo pensamiento de esta posibilidad, le daban ganas de echarse a llorar.

Si él pudiera enmendarlo... Si consiguiera echarle la vista

encima al tal Dormer, aunque sólo fuese una décima de segundo... seguro que no fracasaría de nuevo. Pero cualquiera sabía dónde se encontraba Dormer a aquellas horas...

El timbre del teléfono le arrancó de sus meditaciones. Con pausados movimientos tomó el auricular.

—¿«Hello»? —preguntó—. ¡Hola, Caleb! ¿Qué haces por aquí a estas horas? ¿Eeeh? Repite eso... ¡Maldita sea!... No, no puedo marcharme. Estoy de guardia... sí... sí... tienes razón... Voy enseguida... Dices que Rogers, sesenta y tres, ¿no?

Colgó, tiró, mejor dicho, el auricular encima del gancho y, atropelladamente, se encasquetó el sombrero y cogió la gabardina. Luego ganó la puerta del despacho y cruzó a la carrera ante los asombrados ojos de los agentes de la Metropolitana, que jugaban al «póker» en el cuerpo de guardia.

Salvó los escalones de cuatro en cuatro, mientras se encajaba la gabardina y salió a la calle. Había cesado de llover. Bunter miró a uno y otro lado, pero no vio ningún «taxi», en vista de lo cual echó a correr hacia la próxima parada.

Tuvo que despertar al conductor de uno de ellos zarandeándole por un hombro, y cuando se convenció de que estaba bien despierto, le dio las señas de la casa donde vivía Gwinny Dormer.

A pesar de que estaba lejos llegaron enseguida, avanzando a buena velocidad a través de las calles, solitarias a causa de la lluvia. Caleb le estaba esperando pegado a la pared de la casa, en cuya fachada todas las ventanas, excepto una, estaban a oscuras.

Bunter pagó el «taxi» y éste se alejó.

—¿Sigue ahí? —demandó el agente a su compañero, con ansiedad.

—Sí —afirmó Caleb, que se había acercado a Bunter al verle descender del «taxi»—. Pero date prisa. Mucho me temo que Dormer no sea tan fácil de engañar como su hermana.

—¿Qué ocurrió?

—Fue al laboratorio intentando descubrir alguna pista que se nos hubiera pasado por alto. La sorprendí, y eso es todo.

—¿Por qué no la detuviste y la llevaste a Jefatura? Hubiera sido lo más indicado.

—No tenía gana de trabajar —repuso Caleb, con aire cansado—. Además, nunca me ha gustado hacer daño a las mujeres, y menos si

son así de bonitas.

Bunter le miró a la luz del reverbero que exhalaba su débil luz desde encima de la puerta. Caleb se sintió molesto. Bunter comprendió al fin y golpeó el brazo de su camarada, diciendo, con voz emocionada:

—Gracias, Caleb. No olvidaré nunca lo que has hecho por mí...

—¿Quién, yo? Vamos, Bunter... Despierta...

—Deberían de agregar la palabra compañerismo, a las de fidelidad, bravura e integridad que figuran en nuestro lema.

—Resultaría demasiado largo... Bueno... ¿Vamos a dar las buenas noches al peligroso mister Dormer?

Gwinny llegó a su casa con el corazón rebosante de alegría, porque, aunque la excursión en que tantas esperanzas había puesto había resultado un fracaso, era lo menos que podía haber ocurrido, pues tal y como se habían puesto las cosas, podía haber degenerado en una verdadera catástrofe si no hubiera sido por la actitud comprensiva y tolerante de aquel simpático agente del

F. B. I.

que la había sorprendido.

Mientras subía la escalera se dijo que no tenía más remedio que modificar la opinión que tenía de los «carniceros» del

F. B. I.,

como había oído decir que les llamaba mucha gente. Si todos eran como aquél, la Institución contaba, desde aquel momento, con todas sus simpatías.

Metió la llave en la cerradura, la hizo girar en ella y entró en su departamento, encontrándose con la desagradable sorpresa de que Spencer se había levantado y la estaba esperando, sentado en el «*living*», con visibles muestras de impaciencia.

Estaba envuelto en una manta y, a pesar de lo ridículo de su aspecto, se puso en pie apenas ella entró en la estancia, preguntándole, con sequedad:

—¿De dónde vienes?

—Fui un rato... al «cine» —repuso ella—. No podía dormir.

El lanzó un suspiro de alivio y volvió a sentarse.

—Por un momento se me ocurrió la descabellada idea de que habías ido allí —repuso, sirviéndose un poco de «*brandy*».

Gwinny tragó saliva, mientras se despojaba del impermeable.

—¿Por qué supones que es una idea descabellada?

—Porque lo es. ¿Qué ibas a encontrar allí que no hubiese descubierto ya la Policía?

—Yo qué sé... Cualquier cosa podía haber encontr... —Se tapó la boca con la mano, pero ya Dormer se había dado cuenta de lo que iba a decir.

—¡Gwinny! —gritó, alarmado—. ¿No querrás decir que has estado...?

—Pues bien: sí. Vengo del laboratorio.

Spencer empezó a maldecir con una furia y variedad desconocida hasta entonces para su hermana. Al fin se calmó un tanto y preguntó:

—¿Encontraste algo? Supongo que no... ¡Maldita sea!... ¿Por qué fuiste? ¿No comprendes que han podido descubrirte y seguirte hasta aquí?

—Tranquilízate, Spencer. No ha ocurrido nada de eso. Me descubrieron, sí —y ante el sobresalto de su hermano, continuó con rapidez—: No, no ocurrió nada de lo que tú supones. El agente que me sorprendió era de lo más simpático y atento que puedes imaginarte. No sé quién le ha colgado a los del

F. B. I.

esa fama de hombres malos que tienen...

—¿Qué pasó? —inquirió él, nerviosamente—. Déjate de rodeos y Cuéntamelo todo.

Ella lo hizo así. Y cuando esperaba que su hermano se tranquilizase, se quedó sorprendida al verle derrumbarse en el fondo del sillón, exhalando un gemido de angustia. Luego, antes de que pudiera decir una palabra, Spencer se incorporó de pronto:

—Mi ropa. ¿Dónde está? Dámela... pronto... —Pero, Spencer...

—Vamos. No te quedes ahí parada como un poste. Dame la ropa, Voy a irme de aquí. Tengo que marcharme. La Policía no tardará en llegar.

Gwinny inició una serie de protestas, que fueron bruscamente cortadas por un gesto seco de su hermano.

—¿No comprendes que te engañó? Te dejó ir para que vinieras aquí derecha con la mayor tranquilidad. Seguramente te habrá seguido...

—Pero, Spencer —protestó ella, recogiendo la ropa de encima del radiador—. Pudo llevarme a Jefatura: allí me habrían sacado todo lo que les hubiera podido decir. ¿Qué razones iba a tener para dejarme marchar?

—Las ignoro. No tengo conciencia de policía y no sé nada de los tortuosos caminos que emplean a veces...; pero algo me dice que tenía alguna razón para hacerlo... Dame la camisa.

Gwinny se la tendió, protestando. Spencer terminó de vestirse.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—Sí —repuso ella. Rebuscó en un cajón de la mesita y le tendió unos billetes—. Toma pero creo que es absurdo lo que estás pensando.

—Adiós, Gwinny —repuso Spencer por toda respuesta—. Mañana procuraré comunicarme contigo para decirte dónde estoy.

La muchacha se echó en sus brazos, intentando disuadirle de sus propósitos. Estaba convencida de que Spencer exageraba al creer lo que pensaba. El la besó repetidas veces. Luego se alejó hacia la puerta. Ella le siguió.

—Adiós, Spencer... Buena suerte.

Spencer abrió la puerta del departamento. Gwinny, desde el pasillo, le vió retroceder de nuevo, intentando cerrar la puerta, pero alguien se le anticipó. Dos individuos con gabardina entraron en el departamento con aire decidido, cerrando la puerta tras ellos.

—Siga hasta la sala —conminó uno de los dos a Spencer.

Ahogando un grito de pánico, Gwinny bajó la vista, clavándola en el bulto que se dibujaba en la gabardina de aquél.

Spencer retrocedió hacia la salita, sin dejar de mirar a los dos intrusos. Gwinny comprendió que todo estaba perdido, pero aun así quiso mostrarse fuerte.

—Oigan ustedes —comenzó a decir—: ¿con qué derecho se han metido ustedes en mi casa?

—Buenas noches, paloma —replicó uno de aquellos individuos—. ¿Cómo está usted desde hace un rato?

Gwinny parpadeó. Uno de los hombres que tenía delante era el mismo que la había sorprendido en el laboratorio. Entonces se convenció de que su hermano tenía razón. Se había dejado engañar como una tonta. Una lágrima resbaló lentamente por su mejilla, hasta llegar a la comisura de sus labios. ¡Y ella que se había fiado

de aquel hombre!

Bunter hablaba en aquel momento:

—Dormer, vístase usted. Tendrá que acompañarnos... Y nada de jugadas. No le valdrán ahora.

La «Luger» enfilaba a su presa. Dormer leyó la decisión en el rostro del agente. Caleb miraba la escena, con las manos en los bolsillos de la gabardina, pero su rostro era un pedazo de granito. No tenía expresión.

—No tengo más ropa que la puesta —confesó Dormer, desalentado.

Se daba cuenta de que había perdido definitivamente la partida, pero ni una sola palabra de reproche salió de sus labios dirigida a su hermana.

—Entonces junte las muñecas y adelántelas hacia mí —repuso Bunter.

Spencer se tomó más pálido aún de lo que ya lo estaba.

—¿Es preciso eso? —preguntó, con voz ronca.

—No pretenderá que vuelva a fiarme de usted, ¿no es así?

El joven afirmó con un gesto amargo en la boca y adelantó las manos hacia Bunter. Éste, con un diestro movimiento de su mano derecha, las aprisionó con unas esposas, que se cerraron con un «clic» metálico a la presión de sus dedos.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Gwinny.

Pareció que hasta que las esposas se cerraron en torno a las muñecas de su hermano no se había dado cuenta de la inmensidad del delito que se le acusaba, ni de la infamante manera en que iba a ser conducido a la Jefatura de Policía.

—Con el

F. B. I.

no se juega —resumió Bunter, satisfecho—. Vamos —agregó, haciendo un ademán invitador con la pistola—. Vaya delante.

Los ojos de la muchacha fulguraron de ira.

—Con el

F. B. I.

no se juega —repuso, burlona—. Valientes bestias están ustedes hechos. Se llevan a un inocente, mientras se escapa el verdadero culpable.

—Le aseguro que... —empezó a decir Caleb.

—No asegure nada —prosiguió ella, insultante, echando llamas por los ojos—. Supongo que mañana leeré en la Prensa su magnífico triunfo.

—Gwinny, por favor... —comenzó a decir Spencer, pero ella no le hizo caso.

—Déjame —rugió—. Así son todos sus triunfos —prosiguió, iracunda, mirando a Caleb—. ¿A cuántos inocentes ha llevado usted a la «silla», señor «Traidor»?

Wimsey palideció al oírla e hizo un movimiento hacia ella.

—¡Cállese! —gritó—. ¡Cállese o...!

—Eso es lo que sabe usted: amenazar, amenazar y engañar. Es usted el hombre más odioso... más brutal... que he conocido en mi vida. ¡Cerdo!

No fue la palabra, fue la forma como fue pronunciada lo que hizo tambalearse a Caleb. Por unos instantes sintió deseos de abofetear a aquella mujer que le insultaba de forma tan despiadada, pero logró contenerse y le volvió la espalda, rechinando los dientes.

—¡Y yo que me fié de sus palabras! —continuaba diciendo Gwinny, presa de un ataque de histeria—. De sus palabras y de su sonrisa. Piqué como una tonta, ¿eh, señor «Traidor»? ¡Qué orgulloso debe de estar usted de su triunfo!...

Sus nervios se desataron al fin en una serie de sollozos entrecortados. Los tres hombres se miraron, indecisos. Bunter dijo:

—Señorita, tenga usted la seguridad de que si su hermano es inocente no le ocurrirá nada.

Ella levantó de nuevo la cabeza, mirándole fríamente, mientras se secaba los ojos con un pañolito.

—¡Bah! —exclamó, despectivamente—. Eso no son más que palabras. No se molestarán en buscar al culpable, teniendo ya una víctima. ¡Y pensar que pagamos una contribución para dar de comer a gentes como ustedes!...

Comenzaba a enfurecerse de nuevo. Caleb decidió cortar la escena que se avecinaba.

—Vámonos, Bunter —dijo.

Éste empujó a Dormer, esposado, hacia la puerta. Antes de avanzar hacia ella, los dos hermanos se besaron de nuevo. Luego, Spencer salió de la salita, seguido por Bunter y Caleb.

Éste se detuvo a mitad del pasillo, indeciso. Al fin volvió sobre

sus pasos y se encaró con Gwinny.

—Señorita —empezó a decir—, siento mucho... Ella no le dejó seguir.

—Ahora dice que lo siente mucho —le interrumpió, burlona—. Váyase... Márchese de aquí antes de que le saque los ojos, ¡pedazo bestia!

Caleb dio media vuelta sobre sí mismo y ganó la puerta. Los otros dos ya estaban en el descansillo de la escalera. De algunas puertas se asomaban, curiosos, los vecinos, semidormidos aún.

Caleb fue a salir, y en aquel momento, un movimiento instintivo le hizo agachar la cabeza. Algo zumbó en el aire, junto a su oído, estrellándose contra la puerta entreabierta, a pocas pulgadas de su cabeza. Siguió luego un estrépito de cristales rotos, al caer al suelo.

El agente se volvió, sonriendo fríamente a Gwinny, que le contemplaba en pie en la puerta de la salita, jadeante la respiración.

—Algún día podré deseársela otra cosa —le dijo—. Por el momento, me alegraría que reventase usted.

Cerró la puerta de un golpe, pero aún pudo oír la furiosa exclamación de Gwinny.

En la puerta tomaron un «taxi», que las dejó en Jefatura en pocos minutos. Allí les esperaba otra sorpresa. El inspector Penberthy estaba sentado en su sillón y un agente les transmitió el recado de que se presentasen inmediatamente a él.

Estaba furioso. Caleb lo comprendió en cuanto le vio la cara y el tabaleo incesante del inspector sobre la mesa, con ambas manos.

Sus ojos, inyectados en sangre, se posaron en Bunter y sus manos hicieron un clarísimo ademán de querer ahogarle.

—Usted... usted... —explotó al fin—. Tenía que ser usted. No contento con lo de esta mañana, me abandona la guardia... ¡Dios!... ¡Qué expediente voy a abrirle en cuanto amanezca!...

Bunter comenzó a temblar, pero el golpe que le dio Caleb con el mayor disimulo le hizo reaccionar.

—¿Dónde ha estado usted metido hasta ahora... dónde? —siguió preguntando Penberthy, con voz trémula.

—Me... me llamaron por teléfono, señor, diciéndome dónde estaba Dormer. Conque creí... que sería de su agrado que fuese a buscarle...

Aquella contestación cambió las maneras de Penberthy.

—¿Que le dijeron...? Bueno... ¿Fue usted? Sí... sí; claro que fué. Bien; ¿qué pasó? ¿Consiguió cogerle?

—Sí, señor.

Penberthy lanzó un resoplido de alivio, capaz de hacer volar a un elefante.

—¡Vaya... vaya! —dijo, cambiando bruscamente sus modales—. Buen chico este Bunter, ¿eh, Caleb? Ya decía yo que habría tenido sus motivos para abandonar la guardia... Bien... bien... Hiciste muy bien, hijo.

Empezaba a tutearle de nuevo. Aquélla era buena señal. De pronto se volvió, airado, a Caleb:

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí? ¿No le dije que permaneciese toda la noche en el laboratorio?

Caleb avanzó hacia él:

—Bunter me llamó allí, diciéndome que sabía dónde estaba Dormer. Conque pensé que era demasiado arriesgado dejarle ir solo. Además, yo estaba allí por si Dormer aparecía por aquellos andurriales, y cómo iba a ser detenido, me decidí a acompañarle.

Penberthy le miró suspicazmente. Luego se echó a reír, provocando el baile de su papada y de su vientre.

—Buen chico, Caleb, buen chico...; pero a mí no me la das —dijo, y los dos jóvenes se miraron, sin acertar a comprender su risa—. ¿Dónde está ese Dormer?

—Ahí fuera.

—Vete a buscarle.

Bunter salió del despacho.

—¿Supongo que querrá observar cómo reacciona cuando le diga usted que no hubo tal llamada? —preguntó Caleb, sentándose junto a la mesa.

—Estás equivocado, Caleb. Dormer, efectivamente, recibió un recado por teléfono.

—¿Eh? ¿Cómo? Yo creí...

—He estado trabajando toda la noche para conseguir averiguar que alguien llamó a Dormer para decirle que su madre estaba muy grave, pero la llamada no fue hecha desde Nueva Orleáns, sino desde San Luis. Por eso no pudimos descubrirla hasta ahora.

Caleb lanzó un silbido.

—Supongo que eso lo favorece, ¿no es así? Penberthy movió la

cabeza afirmativamente.

—Sí —repuso—. Aunque continúa siendo el sospechoso número uno de mi lista. Ahora, con encontrar al individuo que puso la conferencia, tendremos resuelto el caso.

—¡No ha dicho usted nada! —replicó Caleb—. Eso es tan difícil como pretender cruzar las cataratas del Niágara.

—Y, sin embargo, hay quien lo ha hecho —repuso Penberthy, con suavidad, fija la mirada en algún punto del espacio.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VII

DOS VISITAS



A inopinada detención de Dormer originó una inusitada actividad en la Jefatura de la División, a pesar de lo intempestivo de la hora.

Penberthy, Wimsey y Bunter estuvieron en el despacho del primero durante una hora larga «trabajándole» a conciencia, sin poder arrancarle nada más que lo que ya sabían: que había partido de Chicago en virtud de aquel aviso telefónico. Y les sugirió lo que estaba ya en el ánimo de los agentes, es decir, que encontrando al hombre que lo puso se habría llegado a la solución del misterio.

Penberthy hizo acudir a Jefatura al perito calígrafo de la División, el cual comparó la escritura de Dormer con los restos de

ella encontrados en el secante de la carpeta del laboratorio y en las hojas del cuaderno. Tardó más de media hora en realizar la comparación, y al final dijo que no podía concretar si aquellas huellas de escritura coincidían con la del detenido, porque estaban muy borrosas y no eran suficientes elementos de juicio para poder dar una respuesta categórica, pero que, no obstante, su opinión era que aquellas huellas no coincidían con la escritura de Dormer.

Aquello fue otro tanto en favor del joven químico, con gran satisfacción por parte de Wimsey, que se alegraba no tanto por él como por su hermana. La actitud de Gwinny le había impresionado más de lo que él quería confesarse, y sintió envidia de Dormer por tener en el mundo una persona que confiaba en él de aquella manera y le defendía a capa y espada.

Un telegrama cifrado fue enviado a San Luis, encareciendo una urgente contestación. El resultado llegó a las seis de la mañana, cuando ya Wimsey y Bunter cabeceaban de sueño, aburridos por tan larga espera. Penberthy, en cambio, se mostraba tan fresco como si acabase de salir de la cama después de varias horas de sueño, pero la respuesta no pudo ser más desalentadora. La llamada telefónica a Dormer había sido hecha desde un teléfono público y abonada al dueño del establecimiento en cuanto terminaron de hablar.

Éste recordaba perfectamente a la persona que le abonó la conferencia.

Había sido un hombre al que describió como de unas largas doscientas libras de peso, que, sin embargo, no resultaba demasiado grueso debido a su enorme estatura. Le había llamado la atención en él su espesa cabellera, rebelde al peine, al parecer, lo que le daba cierta semejanza con un pianista, y sus manos, grandes, nerviosas y velludas, así como su hablar lento y reposado y con un breve ceceo.

—Nos llevaría diez años encontrar al tipo —gruñó Penberthy con cierta desilusión, que demostraba que había esperado más concretos resultados por aquella parte.

No obstante, se transmitió su descripción a todas las Divisiones del

F. B. I.,

y fueron detenidos algunos individuos que respondían a ella, los cuales pudieron dejar bien establecidos sus movimientos durante toda aquella noche en la cual se había cometido el asesinato.

—¿Por qué no deja a Dormer en libertad bajo fianza? —intervino Wimsey—. Cada vez hay menos pruebas de que fuera él quien...

—Pareces tener mucha simpatía por él —repuso Penberthy—. ¿Por qué? ¿Es él o es la hermana la causante de esa repentina inclinación hacia Dormer? Bunter me dijo que la muchacha era una preciosidad.

—Confieso que la chica no me desagrada —confesó Wimsey al verse cogido por la sagacidad de Penberthy—. Es una de esas muchachas que da a la Naturaleza el derecho de frotarse las manos, satisfecha de su obra; pero en el momento presente tengo hacia ella todo menos simpatía. La palabra más suave que me dijo fue cerdo.

Penberthy rió silenciosamente.

—También te llamó traidor —dijo Bunter a su vez, y los ojos de Wimsey llamearon al mirarle. Bunter enrojeció, dándose cuenta de su «patinazo». Si Penberthy hubiera seguido preguntando, habría habido que contar muchas cosas para explicar aquella palabra en los labios de Gwinny Dormer.

Penberthy se negó en redondo a conceder la libertad de Dormer bajo fianza. Dijo que aquello era cosa del fiscal del Gobierno y que no pensaba pasar a éste el asunto hasta que las cosas estuvieran bien puestas en su punto.

Wimsey se levantó de su asiento, diciendo que unas horas de sueño no le vendrían muy mal, en vista de lo cual, Penberthy despegó también del sillón su poderosa humanidad, y los dos hombres salieron del despacho, no sin que el inspector felicitase de nuevo a Bunter por su triunfo.

—Lo de abrir el expediente fue una broma —agregó—. Olvídelo.

Mientras bajaban la escalera, Penberthy se volvió hacia Caleb:

—Sigo teniendo puesta la mayor fe en esos trazos de escritura. Por cierto que, entretenidos con la huida de Dormer, no los hemos comparado con la escritura de los demás habitantes del pabellón —dijo—. No estaría de más que mañana te dejases caer por allí y me trajeses una muestra de la escritura de todos ellos. No te pases a nadie por alto.

Wimsey le acomodó en el coche que le esperaba.

Penberthy se ofreció a llevarle a su casa, pero Caleb rehusó, diciendo que podía ir muy bien en el Metro. Sin embargo, apenas el

coche del inspector se alejó, tomó un «taxi» y se hizo llevar a la calle Rogers.

Se apeó del vehículo frente a la casa donde vivía Gwinny Dormer, y allí permaneció estacionado, con la espalda apoyada en la pared, durante más de media hora, contemplando pensativamente la ventana correspondiente al «*living room*» de la muchacha, que a pesar de lo avanzado de la hora —las siete de la mañana— permanecía encendida aún, destacando como una mancha anaranjada en la uniformidad gris de la fachada.

Era esa hora incierta del invierno en que la luz y las sombras, ayudadas éstas por la niebla y la llovizna, mantienen una intensa lucha que dura largo rato antes de que, al fin, venza la luz. Ésta llegó, anunciando una mañana tristona y húmeda. Los transeúntes comenzaron a ser más frecuentes, y todos pasaban junto a Caleb Wimsey deprisa, con las manos embutidas en los bolsillos y los cuellos de las prendas de abrigo subidos hasta las orejas. De buena gana habría subido al piso de Gwinny para comunicarle el giro favorable a su hermano que iban tomando los acontecimientos, pero no lo hizo. Cuando la luz de la ventana se apagó, Wimsey se despegó de la pared. Lanzó un breve suspiro y se alejó de allí.

Hubiera dado cualquier cosa por haberle evitado a la muchacha la mala noche que había pasado por culpa suya, pero la profesión a que se había entregado con cuerpo y alma tenía aquellas exigencias.

Aquella noche fue para Gwinny Dormer la más infernal de su vida.

Apenas la puerta del departamento se cerró detrás de Caleb, la joven corrió a la ventana, llegando a ella a tiempo para ver cómo los tres hombres se perdían en el interior de un «taxi», y no pudo por menos de exhalar un suspiro de alivio al pensar que, al menos así, su hermano no pasaría por la vergüenza de ir por las calles esposado.

Cuando el vehículo se perdió, tragado por la noche, Gwinny se dejó caer en el mismo sillón que momentos antes ocupaba Spencer, y las lágrimas rodaron por sus mejillas al considerar la triste situación de su hermano.

Tenía que hacer algo. Debía hacerlo; pero ¿el qué? Spencer tenía muchos amigos en Chicago, eso era cierto, y ella conocía a

bastantes de ellos; pero estaba segura de que todos se disculparían por no poder hacer nada por él en cuanto supiesen —si no lo sabían ya— la naturaleza del asunto que la impelía a pedirles su ayuda.

No sabía qué hacer. Su cerebro era un caos de confusas ideas, entre las cuales sólo sobresalía una cosa cierta: el odio que le inspiraba aquel agente del

F. B. I.,

que había jugado con ella como podría haberlo hecho un gato con un ratón.

En su vida había odiado más a nadie. Si lo tuviese delante otra vez, sería capaz de estrangularlo.

En esta forma fueron pasando las horas, lentas, inacabables, sin que Gwinny hiciera nada por conciliar el sueño.

«¿Qué será de Spencer?», se preguntó.

Seguramente a aquellas horas estaría en la Jefatura del

F. B. I.,

donde los agentes que habían efectuado su detención, acompañados quizá por otros varios, le estarían sometiendo a las más terribles torturas para conseguir arrancarle una declaración. Ella, había oído hablar algo acerca de los métodos de que se vale a veces la Policía para hacer confesar la verdad a los delincuentes, y no pudo por menos de recordar con horror todo lo que sabía acerca de tales métodos.

La incierta luz de la mañana la sorprendió en la misma postura. Se levantó, presa de la mayor laxitud. El dolor golpeaba sus sienes incesantemente. Tomó una tableta de Demerol y se sintió mejor. Entonces apagó la luz, y la estancia quedó envuelta en la penumbra.

Asomándose a la ventana, miró a la calle, alisándose los cabellos en un movimiento maquinal. De pronto, sus ojos se fijaron en la figura de un hombre que estaba en la acera de enfrente, mirando fijamente a la fachada de la casa. No podía distinguir su rostro, pero había algo familiar en él que de momento no acertó a explicarse.

El hombre se alejó al fin. Gwinny le siguió con la mirada, y estaba a punto de perderlo de vista cuando lanzó una exclamación de sorpresa al darse cuenta de que era Caleb Wimsey.

—¡Maldito espía! —murmuró, iracunda.

¡De qué buena gana le abofetearía! Corrió hacia la puerta del departamento, llevada de la viveza de su genio, sin pensar en lo que

iba a hacer; pero los breves segundos que tardó en abrirla le volvieron a la realidad.

«Vamos, Gwinny —pensó—. No te dejes llevar de tus nervios. Seguramente cumple órdenes...».

Fue al volver al «*living room*» cuando se decidió a poner en práctica su primer pensamiento. Sí. Iría a ver a los amigos de Spencer y les convencería de su inocencia. Tenía que luchar por él. Revolvería cielo y tierra para demostrar su inocencia. No se daba cuenta, en su ofuscación, de que al pensar así no la guiaba sólo el interés por su hermano, sino también el deseo de poder demostrar a los infalibles del

F. B. I.,

que estaban equivocados, y sobre todo a aquel hombre odioso, que, no contento con haberla engañado, espiaba sus movimientos.

Con esta idea, apenas se hizo de día se trasladó al laboratorio. En cuanto se dio a conocer notó el cambio más radical en todas las miradas. Preguntó por Víctor Murbles y por John Lauredi, los compañeros de su hermano a quienes conocía, pero sólo consiguió entrevistarse con el primero, pues Lauredi, según le dijo el propio Murbles, se había marchado el día antes a su casa de Chicago, en espera de los resultados de las investigaciones policíacas acerca del crimen y del nuevo destino que esperaba una vez muerto Fantiman.

Se mostró muy amable con ella, pero Gwinny notó perfectamente la capa de reserva que se extendía debajo de su amable actitud, y aunque Víctor Murbles se ofreció a ayudarla en cuanto estuviera en su mano y se mostró de acuerdo con ella en que Spencer no podía haber sido el autor del asesinato, Gwinny tuvo la convicción de que poco podía esperar por aquel lado y de que Murbles estaba deseando dar por terminada la entrevista.

«Probaré fortuna con Lauredi», se dijo.

Éste vivía en la avenida de Michigan, al final de la misma, en un pequeño hotelito rodeado por un minúsculo jardín. Una mujer vieja y de aspecto bastante repelente abrió la puerta a la llamada de la muchacha, y cuando ésta le manifestó sus deseos de ver a míster Lauredi, la sirvienta le contestó que no estaba en casa.

—¿No sabe cuándo vendrá? —preguntó Gwinny.

—Lo ignoro —repuso la mujer—. Creo que no está en Chicago.

Gwinny se sintió desalentada. No obstante, dejó a la vieja una

tarjeta con su dirección y el número de su teléfono.

—¿Querrá decirle que me llame cuando regrese? —preguntó a la mujer, entregándole la tarjeta—. Tengo que verle para un asunto muy importante.

La vieja le prometió que cumpliría su encargo, y Gwinny se alejó de la casa. Una mirada al reloj de pulsera la convenció de que era ya demasiado tarde para ir a trabajar, y se dirigió a su casa, enviando un recado a su oficina, diciendo que no se encontraba bien.

El resto del día lo pasó sumida en la más dolorosa inquietud. Una vez se acercó a la Jefatura de Policía, pero no se atrevió a preguntar por Spencer, sino que cruzó varias veces ante la puerta, indecisa, esperando ver salir a alguno de los agentes que habían detenido a su hermano para preguntarles por él, pese al odio hacia ellos que se acumulaba en su corazón.

Pero Bunter hacía ya muchas horas que se había marchado y Wimsey estaba siguiendo la misma ruta que ella había hecho poco antes. Primero estuvo en el laboratorio, recogiendo muestras de la escritura de todos sus habitantes, y luego se dirigió, como ella, a casa de Lauredi, al enterarse de que no estaba en el pabellón. La criada le dió, poco más o menos, la misma respuesta que a Gwinny, y Caleb decidió volver cuando Lauredi estuviese en casa.

Dos o tres veces preguntó por teléfono si había regresado aquél, siempre con el mismo resultado negativo. Al fin, a eso de las seis de la tarde, decidió volver a casa de Lauredi.

Éste había regresado ya, y Caleb fue conducido a su presencia por la vieja y gruñona sirvienta. El interior del hotelito en que moraba el químico no causó en Wimsey una impresión favorable. Olía allí a humedad, a cosas antiguas, carcomidas y poco usadas, y Caleb se dijo que aquel ambiente no concordaba con las formas suaves y educadas de Lauredi, y mucho menos con su prestancia personal.

La biblioteca era un amplio salón con una enorme chimenea en uno de sus testeros. Retratos antiguos, que parecían mirarle con sus serios rostros desde los lienzos, cubrían los espacios que estaban libres de estanterías.

Había cuatro o cinco sillones tapizados en cuero y un diván a un lado de la chimenea. En ésta crepitaba un alegre fuego, un tanto

anacrónico para los tiempos que corrían, que contribuía a despejar las tinieblas en que estaba sumida la biblioteca, pues la mezquina luz del único foco que había encendido en ella no era suficiente para penetrar en las sombras del testero más distante de la chimenea.

John Lauredi estaba allí, impecablemente ataviado, con su eterna sonrisa en los labios, el rostro perfectamente rasurado y movimientos ágiles y precisos, de persona acostumbrada al ejercicio del deporte.

Avanzó hacia Caleb, sonriendo cordialmente, mientras le tendía la mano, y le condujo hasta uno de los sillones, junto a la chimenea, al cual llegaba el calor de ésta.

—Me dijeron que había venido usted varias veces —repuso, tras de corresponder al saludo del agente—. Siento mucho... Tuve que salir precipitadamente de Chicago... Pero, en fin... Usted dirá.

Caleb le dio cuenta de sus deseos.

—Sólo se trata de obtener una muestra de su escritura, Lauredi —dijo—. Deseamos compararla con ciertos trazos que...

Se detuvo de pronto al notar la expresión de interés, casi de ansiedad, que había aparecido en los ojos del químico. Éste sonrió:

—Vaya —dijo—. Al parecer, siguen ustedes sospechando de nosotros.

—No es eso —repuso Caleb cautamente—, pero deseamos ir eliminando a cuantas personas tuvieron trato directo con el profesor. Bien. ¿Quiere escribir unas palabras en un papel?

—Naturalmente —repuso Lauredi, sonriendo siempre—. Si me negase a ello, me tomarían por el asesino.

Se sentó a una mesa y desenfundó la estilográfica, trazando algunas líneas en una tarjeta que tendió a Caleb.

—¿Es suficiente con eso? —preguntó.

—Supongo que sí —repuso aquél, guardándosela en el bolsillo de la americana.

El timbre del teléfono comenzó a repicar en aquel momento. Lauredi tomó el auricular, con unas palabras de disculpa.

—Sí... sí... Lauredi, al habla... ¡Caramba...! Miss... ¡Qué agradable sorpresa!... Sí, sí; me dieron su recado, y me disponía a llamarla yo en este momento... Muy bien, sí. La espero. ¿Que está usted aquí cerca? Mejor, mejor. Hasta luego.

Colgó de nuevo el auricular, volviéndose hacia Caleb con una sonrisa en los labios.

—Es una mujer —dijo con cierta petulancia—. Va a venir ahora, así qué siento no poderle atender... Ya sabe usted lo que son estas cosas —agregó, con otra sonrisa.

Aquel hombre resultaba ya un poco empalagoso. Sonreía siempre, como si fuese un depósito inagotable de sonrisas. Sonreía para dar la mano, para despedir a la gente, y hasta sonreía por teléfono, como si su interlocutor pudiera verle.

«Seguramente sonreirá también para darle a un amigo una mala noticia», se dijo Caleb.

Lauredi le acompañó hasta la puerta del jardín, ayudándole a meterse la gabardina. Luego permaneció en la puerta hasta que Caleb franqueó la de la calle.

Era ya casi de noche. Encima de la puerta del jardín, un pequeño farol, que iluminaba la imagen de una Virgen, dejaba entrever a su trasluz la fina llovizna que comenzaba a caer de nuevo. Las nubes se apelotonaban en el cielo, ocultando las estrellas, y la luna comenzaba a levantarse, rodeada por un halo amarillento.

Caleb metió las manos en los bolsillos, se subió el cuello de la gabardina y se dispuso a salvar la distancia que le separaba de la estación del Metro más próxima.

La avenida de Michigan estaba casi solitaria por aquellos lugares. Los altos edificios comerciales y los destinados a viviendas y oficinas terminaban mucho más abajo, en la plaza de Washington, a partir de la cual comenzaban a levantarse hoteles y residencias particulares, cada vez más modestas, casi todas ellas provistas de jardín más o menos grande, cuyas verjas daban a la avenida y calles adyacentes.

Estaba casi a la mitad del camino cuando vio avanzar hacia él a una mujer. La miró con curiosidad. La llovizna, penetrando debajo del ala del sombrero, le hizo entornar los ojos; pero aun así, cuando ella pasó a su lado no dejó de reconocerla mirándola de reojo.

Presintió que era ella aun antes de ver su rostro, serio y ligeramente pálido. Había en su figura algo de familiar, de atrayente y de señero que Caleb no había podido olvidar en todo el día.

«¿Qué haría Gwinny Dormer por allí a aquellas horas?», se

preguntó, y la respuesta a su pregunta apareció clara y nítida en su cerebro apenas se la hubo hecho.

Iba a casa de John Lauredi. Estaba seguro de ello. No podía ser de otra manera. Entonces, fugaz como un relámpago, volvió a su imaginación la conversación que el químico sostuviera por teléfono delante de él, y ya no tuvo la menor duda de que era Gwinny la mujer que esperaba Lauredi.

Una serie de preguntas acudieron a su imaginación, pero de entre todas ellas sobresalían algunas que le llenaban de dudas.

«¿Por qué va allí? ¿Por qué va a ver a Lauredi? ¿Qué hay de común entre los dos?».

Era muy natural que la muchacha conociese a Lauredi, siendo éste compañero de su hermano. Y era natural también que el químico se sintiese atraído por la belleza y la alegría de la muchacha: pero a pesar de ser tan natural, Caleb sentía náuseas cada vez que pensaba en la posibilidad de que pudiera existir algo entre ellos.

Dio dos pasos hacia adelante. Luego volvió la cabeza. Gwinny se alejaba de él con pasos menudos y rápidos. Obedeciendo a una corazonada, Caleb dio media vuelta y echó a andar detrás de ella, procurando mantenerse oculto a su vista.



NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VIII

REVELACIÓN



PENAS Caleb salió del jardín, Lauredi se volvió hacia la vieja, que presenciaba la escena desde el centro del «*hall*».

—Dora —la dijo—. Va a venir una mujer. Avísame cuando llegue. Luego sirve bebidas en la biblioteca y vete a tu habitación. No salgas de ella para nada, aunque oigas... algo, ¿entiendes? Las mujeres de hoy se ponen nerviosas enseguida.

La vieja sonrió desagradablemente.

—Una aventurilla, ¿eh, John? —preguntó con familiaridad que Lauredi no se preocupó de corregir.

—¡Ah Dora! Se me olvidaba una cosa. No quiero que te quedes escuchando detrás de la puerta.

La vieja lanzó una risita y desapareció por la puerta de la cocina. Lauredi subió a su habitación y encendió la luz, situándose ante la luna de un espejo, que reflejaba su esbelta figura de hombre de mundo. Los cabellos comenzaban a blanquear en las sienes, pero él no se había preocupado de teñírselos. Le daban cierta apariencia respetable, proporcionándole un aire militar muy del agrado de las muchachas y propicio para inspirar confianza. Precisamente a aquellas canas, relativamente incipientes, debía más de una de sus conquistas.

Con unas tijeras se recortó el impecable bigote, al que ninguna falta hacía ser recortado. Luego se puso una gardenia artificial en el ojal de la solapa de su americana azul marino, de corte irreprochable, y tras de perfumarse ligeramente el cabello esperó.

Gwinny Dormer iba a honrarle con su presencia. La muchacha le había subyugado siempre con su belleza y su gracia picaresca. Era la única mujer en el mundo a quien él habría tomado en serio, y, por contraste, era también la única que no parecía impresionada en absoluto por su prestancia y su conversación fácil y agradable, que tantos éxitos le había proporcionado con otras mujeres.

El timbre de la puerta le arrancó de sus meditaciones. Oyó abrirse ésta y volverse a cerrar, rumor de conversación y luego el lento arrastrar de los pies de Dora por el pasillo.

Salió a él antes de que la sirvienta llamase.

—La muchacha está ahí, John —dijo la vieja con un guiño repulsivo—. Es muy bonita... No la dejes escapar.

—Ya sabes lo que te he dicho. A tu habitación —cortó él.

Gwinny estaba en el centro de la biblioteca, despojándose de los guantes con lentitud mientras miraba distraídamente los retratos que pendían de las paredes.

Dora había tenido el buen sentido de encender todas las luces, y la biblioteca relucía con ese brillo austero y acogedor que suelen tener los viejos muebles de caoba.

John se quedó boquiabierto ante su belleza. ¡Gwinny en su casa! Era algo que no se atrevía a creer. Cientos de veces había pensado en llevarla allí. Había imaginado multitud de estratagemas para conseguirlo, rechazándolas todas porque sabía que no servirían con

una mujer como Gwinny Dormer... y además, porque detrás de ella estaba su hermano, con su atlética figura y sus poderosos puños. Y he aquí que era la propia Gwinny la que estaba ahora en su casa, sin que él hubiera tenido que realizar el menor esfuerzo.

Avanzó hacia ella con ambos brazos extendidos y la más atractiva de sus sonrisas en los labios. Ella esbozó una débil sonrisa, preocupada por su Idea fija de todo el día.

—¡Gwinny! —exclamó él con estudiado efecto—. ¡Qué agradable sorpresa y qué suerte la mía! ¿A qué debo el placer de esta visita?

Ella no replicó, de momento. Se limitó a agrandar su sonrisa y a dejar los guantes al lado del bolso, en una mesita. Vestía un conjunto de angorina azul que resaltaba su armoniosa figura, la magia de sus ojos y el estudiado alboroto de sus cabellos.

Lauredi la tomó ambas manos, conduciéndola cerca de la chimenea.

—Siéntese aquí, junto al fuego —dijo—. Sin duda alguna, tendrá frío. ¿Quiere tomar algo?

Oprimió un timbre, que resonó en las profundidades de la casa. Dora debía de estar esperando la llamada, porque apareció al punto con un carrito bien provisto de botellas y algunas pastas y emparedados, que colocó ante la muchacha. Luego salió sin decir palabra.

—¿Quiere un «Float»? Los preparo como nadie —dijo Lauredi, y antes de que ella pudiera negarse preparó el combinado, mezclando las bebidas en una copa de alto tallo que situó ante la joven.

Luego preparó su propia bebida —un «ginn» bien cargado—, y volvió a preguntar a Gwinny el motivo de su visita.

—Se trata de Spencer —dijo ella, yéndose derecha al grano.

Lauredi ya se lo esperaba, pero fingió la mayor sorpresa.

—¿Dónde está Spencer? —preguntó—. Oí decir que le buscaba la Policía. ¡Absurdo... querida! Sencillamente absurdo pensar que su hermano...

—Le han detenido esta mañana.

—¿Detenido? —Frunció el ceño, deteniéndose en la tarea de apurar el «ginn». ¡Cuánto lo siento! ¿Hay algo que yo pueda hacer por él... por usted?

—Creo que puede usted hacer mucho —repuso ella, animada

ante la cordialidad que emanaban las palabras de su interlocutor.

A continuación le dijo lo que esperaba de él.

El rostro de Lauredi expresó el mayor escepticismo.

—¿Cree usted que conseguirá algo con eso? —dijo, trasladándose al diván donde se sentaba ella—. Yo lo dudo... No es que no quiera hacerlo. No, nada de eso. Lo haré con mucho gusto si usted cree que puede ser de alguna utilidad, aunque yo, particularmente, tenga mis dudas al respecto.

Comenzó a recorrer con ojos codiciosos la figura de Gwinny. Ésta no se daba cuenta de ello. Miraba al fuego, expresando vehemente la forma en que, según ella, podría ser ayudado Spencer, y cuando se volvió hacia John se detuvo en medio de su conversación, sorprendida al encontrar el rostro del hombre tan cerca del suyo.

John se retiró un poco.

—Sí, sí, claro —dijo vagamente—. Muy bien, querida —puso el mayor énfasis en esta palabra y Gwinny se sintió molesta—. Naturalmente que expuesto así, podrá serle de alguna utilidad.

Transcurrió un largo silencio, embarazoso, oprimiente. Lauredi comenzaba a ponerse nervioso. Con otra mujer cualquiera, él sabría muy bien el camino que debía de haber emprendido, pero aquélla le desconcertaba de tal manera que todas sus artes de hombre de mundo le parecían los más vulgares ardides.

—Gwinny —dijo al cabo con voz ronca, depositando su vaso en el carrito—. Yo haré cuánto usted quiera en favor de su hermano y de usted... Sí, lo que usted quiera... sin condiciones, pero ¿no le parece que mi actitud merece...? —hizo una pausa y prosiguió—. Gwinny, la amo a usted —su mano se deslizó sobre el tapizado del diván buscando la de la muchacha, que, inmovilizada por la sorpresa, no la retiró.

John estrechó entre las suyas aquella mano que se le abandonaba —o al menos así lo pensaba él— y continuó diciendo apasionadamente:

—La quiero a usted más que a mi vida. Por usted sería capaz de todo. Yo...

Ella retiró la mano, con cierta brusquedad, echándose hacia atrás.

—¿Por qué me dice eso ahora? —preguntó sorprendida.

—Lo mismo da ahora que en otra ocasión. Estoy loco por usted —repuso Lauredi con voz ronca.

Gwinny se puso en pie de un salto, con los ojos llameantes por la ira.

—Lauredi —dijo fríamente—. No esperaba esto de usted. He venido a verle para hablarle de mi hermano y usted... usted... intenta aprovecharse de la ocasión para...

—No, no, Gwinny. Le aseguro que no... —comenzó a decir John.

El nerviosismo del hombre era evidente. Se arreglaba el nudo de la corbata, se pasaba las manos por el cabello. Gwinny se volvió hacia la chimenea. Medio minuto después había tomado una resolución y se volvió para decir:

—Creo que debo irme...

Se detuvo, llevándose la mano a la boca para ahogar una exclamación de sorpresa, mientras miraba fascinada el movimiento inconsciente de las manos de Lauredi, ocupadas en retorcer una tira de papel. No podía apartar los ojos de aquellas manos. Era algo superior a su voluntad. Las vio en su imaginación ocupadas en aquel menester, enfocadas por el óvalo de luz de una linterna, mientras su dueño miraba a un hombre que yacía muerto a sus pies.

—Usted... —exclamó con voz temblorosa—. Usted...

Lauredi siguió la dirección de sus ojos, posando su mirada en sus propias manos. La palidez invadió de pronto su rostro y se detuvo en su maquinal movimiento, pero ya era tarde y él lo sabía.

Miró a Gwinny con unos ojos nuevos. Ya no había en ellos amor, sino que una expresión de sospecha bailaba en sus pupilas, mezclada con una mirada de temor.

Lentamente se levantó de su asiento. Gwinny le vio avanzar hacia ella, fascinada, incapaz de hacer el menor movimiento, al descubrir tan brutalmente aquella nueva personalidad del correcto e impecable Lauredi.

Un terror infinito la invadió. Estaba sola en aquel hotelito, en aquella inmensa biblioteca, con el asesino de Fantiman. Lo sabía. Estaba bien segura de ello y la actitud, temerosa y amenazadora a la vez de Lauredi, le afirmaba más y más en su convicción.

El químico llegó hasta ella.

—¿Qué ha querido decir? Dígamelo... ¿qué sospecha usted?

La cogió por una muñeca, zarandeándola bruscamente. Ella no

pudo replicar. No encontraba fuerzas para hacerlo, ni tampoco para intentar disimular. Además sabía que era en vano.

—¿A quién dijo usted que venía aquí? —le preguntó él.

Gwinny percibió su palidez, el fulgor siniestro de sus ojos y la determinación que se leía en ellos, e inmediatamente se percató del significado de aquella pregunta.

—Lo sabe mi... mi... compañera de piso —mintió—. Y también...

—Está usted mintiendo —la interrumpió él, zarandeándola de nuevo—. Está mintiendo. Lo sé.

El reloj de péndulo que ocupaba desde hacía medio siglo el rincón de la derecha de la chimenea, resonó rítmicamente en el silencio que siguió. Lauredi pareció transfigurarse.

—Lo siento, Gwinny —dijo al fin—. Siento que lo haya descubierto. No tendré otro remedio que matarla.

Ella ahogó otra exclamación de terror. No sabía si temía más al Lauredi de antes, fuera de si por el miedo y la pasión o al de ahora, frío, dueño de sus actos, en cuyas aceradas pupilas brillaba una determinación.

—No... no —chilló con voz histérica—. Yo no sé nada... No diré nada.

Él sonrió con amargura.

—No, claro que no lo dirá. Va usted a dejar que condenen a su hermano, sabiendo que fui yo quien mató a Fantiman...

Siguió otro silencio, denso, oprimente. Gwinny se fue serenando.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo —dijo al fin, y al ver la ansiedad con que Lauredi la miraba continuó, esperanzada—. Usted podría escribir una confesión y huir. Yo no se la entregaría a la Policía hasta pasados dos o tres días. Tendría usted tiempo suficiente para...

Lauredi movió la cabeza.

—No conoce usted a los agentes del

F. B. I.

Son tenaces como perros. Me encontrarían aunque me metiese en el último rincón de la Tierra... No, no sirve. Tengo que matarla, Gwinny. Lo siento, porque la amo. Cuánto la dije antes es cierto. Voy a destruir mi propia vida... pero no tengo otro remedio.

Gwinny no tenía ahora el menor temor, a pesar de las palabras

de Lauredi. Resultaba extraño que estuvieran allí los dos hablando tan tranquilamente de aquél horrible asesinato. Lauredi se volvió de pronto, y tomando el impermeable de la muchacha, se lo alargó.

—Póngaselo —le dijo.

Ella lo tomó, pero no hizo el menor ademán para obedecerle.

—Vamos. Póngaselo, he dicho —insistió Lauredi. Parecía haber tomado una resolución.

—¿Para qué? —preguntó ella, desafiante—. No... no lo haré...

Se daba cuenta de que debía de ganar tiempo, oponiéndose a las órdenes de Lauredi. Éste comenzó a impacientarse.

—¿Se lo pondrá por las buenas o...?

Vió la obstinación retratada en el semblante y avanzó hacia ella amenazador, intentando obligarla a ponerse el impermeable.

Gwinny resistió fieramente, entablándose una pugna entre ambos. Lauredi se dio cuenta de que por aquel camino no iba a ningún sitio. Él era fuerte, pero Gwinny se movía ágilmente, con una elasticidad y firmeza insospechadas.

De pronto encontró la solución para reducirla. Después de todo ¿qué más daba ya? El caso era sacar de allí a la muchacha como fuese.

Sujetando a Gwinny con el brazo izquierdo contra su pecho, alargó el derecho hacia el carrito y, asiendo una botella por el cuello, la volteó un segundo en el aire.

Gwinny le oyó murmurar:

—Usted lo ha querido.

Sintió un zumbido sobre su cabeza y luego el choque brutal de algo duro contra su cráneo y cesó de hacer resistencia. Sus piernas se doblaron y Lauredi la depositó suavemente sobre la alfombra.

El químico colocó la botella en su sitio. Miró un segundo el cuerpo inanimado de Gwinny y luego paseó la vista a su alrededor.

Salió al vestíbulo y regresó enseguida con el abrigo puesto. Sin la menor vacilación alzó del suelo el cuerpo inerte de la muchacha, sentándola en el diván. Luego se la echó al hombro, con un gran esfuerzo, y salió a la biblioteca.

El vestíbulo estaba solitario y sumido en la penumbra. Dora debía de estar en su habitación. Lauredi lo atravesó con su carga, sin esfuerzo aparente y se dirigió hacia una pequeña puerta que abrió, encontrándose en un pasillo.

Unos segundos después se encontraba en el garaje del hotel. Un coche de anticuado modelo ocupaba la mayor parte de la pieza. Lauredi abrió la puerta y depositó su carga dentro del vehículo. Luego buscó a su alrededor algo con que atar a Gwinny y, al fin, encontró lo que buscaba.

Completó sus precauciones metiendo un pañuelo hecho una pelota en la boca de la muchacha, y abriendo la puerta del garaje salió al jardín para franquear la entrada de la calle.

Luego sacó el coche, y dejándolo estacionado junto a la acera, regresó a la casa para cerrar el garaje, sin darse cuenta de que un bulto se destacaba de las sombras y se acercaba al vehículo, lanzando una mirada en su interior.

Mientras Lauredi cerraba la puerta del jardín.

Caleb se aplastó contra el coche. De una ojeada se había percatado de que el automóvil era de un modelo anticuado, con una gran maleta en la parte trasera y no le costó el menor trabajo encaramarse a ella, mientras Lauredi estaba absorto en la tarea de poner en marcha el vehículo.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IX

AVENTURA NOCTURNA



ALEB estaba muy intrigado con los movimientos de Lauredi. Intrigado y furioso al mismo tiempo, por la manera como aquél se estaba portando con Gwinny.

La mirada que había podido lanzar dentro del coche, antes de que Lauredi regresase junto al vehículo, había sido demasiado rápida, pero no obstante, estaba seguro de que era la muchacha quien yacía tumbada en el asiento del automóvil y también había alcanzado a distinguir que estaba atada y amordazada.

Estuvo tentado de detener a Lauredi en su camino antes de que éste llegase al coche y preguntarle por qué sacaba a Gwinny de su casa de aquella forma, pero le contuvo el pensamiento de que los movimientos de Lauredi eran muy extraños y que tal vez tendrían que ver algo con el asesinato del profesor Fantiman.

El automóvil de Lauredi era un «Cadillac» de modelo muy anticuado, construido en una época en que la aerodinámica no había comenzado aún a aplicarse en la construcción de automóviles y a Caleb le fue sumamente sencillo saltar a la trasera y sostenerse con relativo poco esfuerzo, agarrándose a la gran maleta y sosteniéndose con los pies sobre el parachoques posterior.

Lauredi no era un conductor experto, pero no había obstáculos que vencer en las calles de Chicago a aquellas horas de la noche y, además él procuraba evitar los lugares más concurridos, buscando las vías más solitarias y en sombras para salir a la carretera de circunvalación que abrazaba el perímetro de Chicago opuesto al lago Michigan. Una vez en ella torció a la derecha y en pocos minutos se encontró en la autopista de Milwaukee.

La llovizna seguía cayendo pertinazmente y hacía bastante frío. Las manos de Caleb se agarrotaban sobre los rebordes de la maleta que podían ofrecerle mejor agarradero. Una vez hizo un esfuerzo y pudo mirar a través de la ventanilla posterior del coche, notando que Gwinny comenzaba a rebullirse en el asiento. De todas formas no repitió la suerte, porque estaba seguro de que Lauredi lanzaba frecuentes miradas hacia atrás para asegurarse de que su víctima seguía bien atada. Y no quería correr el riesgo de ser visto.

Comenzó a cansarse. Los brazos le dolían de tenerlos estirados durante tanto tiempo y comenzaba a sentir esa flojedad de los músculos de las muñecas que sobreviene cuando se tiene el puño cerrado con fuerza durante más tiempo del conveniente. Además estaba el frío que le penetraba los huesos a través de la gabardina y la llovizna que le daba a veces en la cara, clavándole agujas de hielo en el rostro.

«Si dura mucho esto tendré que soltarme —se dijo—. ¿Dónde irá Lauredi?».

Los faros del coche cortaban las tinieblas, iluminando la carretera bordeada de altos y gruesos álamos, en cuyos troncos había pintada una ancha franja blanca para hacerlos más visibles de noche. De su derecha llegaba a sus oídos el rumor de la marea del lago.

De pronto el coche viró bruscamente hacia la derecha, y Caleb se sintió desplazado hacia la izquierda, estando a punto de ser arrojado de su precario sostén.

Lanzó una maldición, seguida de otras varias, al comprobar que aquel estrecho camino que llevaba hasta la orilla del lago debía de encontrarse en muy malas condiciones, a juzgar por los saltos que el coche daba continuamente, y tuvo que hacer verdaderos prodigios de fuerza y habilidad para evitar el ser despedido.

Al fin, no pudo evitar el ser lanzado a tierra al meterse el vehículo en un profundo bache. El golpe no fue muy fuerte porque el coche caminaba muy despacio, pero, de todas formas, cuando Caleb quiso reponerse, aquél se había alejado ya unas cien yardas, hacia el lago.

Caleb se llevó la mano a la cabeza, comprobando que un chichón monumental comenzaba a levantarse en el sitio en que había recibido el golpe. Luego miró hacia adelante. El automóvil se había detenido y permanecía a la orilla del lago con las luces apagadas. Un bulto se movía alrededor de él y Caleb se aproximó tambaleándose.

La oscuridad era casi completa. Por dos veces estuvo a punto de caer al meter los pies en los baches del camino, y al fin llegó lo suficientemente cerca del coche como para distinguir lo que estaba ocurriendo.

Un bulto confuso, de forma indeterminada, caminaba a lo largo del acantilado, en cuyo fondo mugían las aguas del lago. Caleb comprendió enseguida el siniestro significado de sus desordenados movimientos y corrió hacia él. Tropezó con una piedra y cayó al suelo, pero se volvió a levantar enseguida, consciente de que la vida de Gwinny Dormer estaba en sus manos.

Estaba a veinte yardas de Lauredi cuando éste se desprendió de su carga. Por una décima de segundo, el cuerpo de la muchacha se perfiló contra la negrura del cielo, antes de perderse en la oscuridad, más densa aún, del acantilado.

Lauredi no se detuvo para ver el resultado de su obra y corrió velozmente hacia el coche, cruzándose con Caleb, que se inclinaba sobre el borde del barranco.

La duda de éste había durado solo un segundo. Primero pensó en detener a Lauredi, pero se dijo que aquello podía hacerse en cualquier momento, y en cambio, la muchacha, que había sido lanzada al agua, atada y amordazada, no podría resistir mucho tiempo.

Por ello le dejó huir. Le vió alejarse hacia el coche, mientras se despojaba de la americana, la gabardina y los zapatos, y un segundo después, las negras aguas del lago se abrían, tragándose su cuerpo.

Caleb nadó hacia la izquierda con rápidos y precisos movimientos, al mismo tiempo que llamaba a Gwinny por su nombre, sin obtener respuesta.

Presa de la mayor desesperación continuó buscándola.

—¡Gwinny!... ¡Miss Dormer! —llamó de nuevo.

Un sonido gutural respondió a su llamada. Parecía sonar a su espalda y Caleb se volvió rápidamente, dando dos o tres brazadas en aquella dirección. Entonces llegó a sus oídos el ruido producido por el chapoteo del agua y se preguntó si la muchacha habría conseguido liberarse de sus ligaduras.

De pronto la encontró. Su brazo chocó contra el rostro de Gwinny según nadaba, y enseguida, la muchacha se aferró a él, con un inusitado vigor que nacía de la desesperada situación en que se encontraba.

Caleb comprobó que seguía maniatada y se dijo que debía de ser una experta nadadora, para haber conseguido mantenerse a flote, nadando solo con los pies, durante el tiempo que él había tardado en encontrarla, aunque era cierto que éste había sido muy corto.

Con el brazo izquierdo la sujetó por la cintura, mientras braceaba hacia la orilla con el derecho. La muchacha se dejó llevar sin oponer la menor resistencia, ayudando a Caleb con el movimiento de sus piernas.

Éste la dirigió palabras de ánimo, a las cuales ella no replicó, con gran asombro por parte del agente.

Comenzaba a sentir los efectos del cansancio, cuando sus pies tocaron el fondo, pero aún tuvo que vencer algunas dificultades para salir a la orilla.

Se encontraban en una estrecha franja de terreno, cuya anchura no sería superior a una yarda, que formaba una pronunciada pendiente entre el agua y el pie del acantilado.

Las cuerdas que sujetaban las manos de la joven fuertemente contra su cuerpo se habían hinchado con el agua, hundiéndose dolorosamente en sus carnes. Caleb las cortó con una pequeña navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón y la propia Gwinny se libró del pañuelo que tenía metido en la boca, aspirando con

fruición el aire frío de la noche.

—Muchas gracias —murmuró, tiritando de frío—. ¿Quién es usted?

—Ya se lo diré más tarde. Ahora vamos a tratar de salir de aquí.

Cogió a la muchacha de la mano y avanzaron por la estrecha y pendiente franja de terreno. La lluvia había formado una profunda capa de barro, en la que se hundían sus pies, dificultando la marcha, de forma que tardaron un buen rato en encontrar una estrecha senda, convertida en un regato, que ascendía lentamente.

Caleb ayudaba a la muchacha cuánto podía. No tenía ningún frío, a pesar de llevar las ropas empapadas de agua, pero, detrás de él, podía escuchar la respiración agitada de Gwinny y sus gemidos de dolor.

Estaban en la mitad de la ascensión, cuando la muchacha exclamó, con voz entrecortada:

—¡No pue... do más!... ¡No puedo!...

—Vamos —la animó Caleb—. Un esfuerzo más... Un pequeño esfuerzo...

Se daba perfecta cuenta del lastimoso estado en que ella debía de encontrarse, no sólo a consecuencia de la impresión y de la permanencia en el agua, sino también del entumecimiento de sus miembros, debido al largo tiempo que había permanecido atada. Ignoraba que, además, Gwinny había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Estaba muy cerca de ella. Tan cerca, que podía percibir el temblor de su cuerpo helado, pero la oscuridad era tan densa que no podía verla el rostro.

—Déjeme... Déjeme... por favor —suplicó ella.

—No puede ser. Hay que seguir andando. Si se queda ahí parada, se morirá de frío.

Al fin consiguió convencerla y siguió tirando de ella hacia arriba. La muchacha le seguía automáticamente. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo, y sus rodillas se doblaban a cada paso. Al fin, la senda se hizo más ancha, permitiendo a Caleb colocarse al lado de la muchacha y ayudarla a caminar sosteniéndola por la cintura. Ella le rodeó el cuello con su brazo izquierdo y dejó caer la cabeza pesadamente sobre el hombro de Caleb.

De esta forma llegaron al borde del acantilado. Caleb dominó un impulso irresistible de arrojar al suelo para descansar, sabiendo que eso significaría la muerte para ambos.

De pronto se acordó de su gabardina y de la americana. Debían de estar por allí cerca... hacia la derecha.

—Espere aquí un momento. Vuelvo enseguida —dijo.

Gwinny se dejó caer en el empapado suelo, mientras él buscaba sus ropas. No tardó en volver con ellas y obligó a la muchacha a levantarle, poniéndole la chaqueta. Luego la obligó a aceptar también la gabardina.

—¿Y usted? —preguntó ella—. No puedo consentir...

—No se preocupe por mí. Me encuentro todo lo bien que se puede esperar en esta situación. ¿Por qué la arrojó Lauredi al agua?

—¿Cómo sabe que era Lauredi? ¿Quién es usted? —preguntó ella, asombrada.

—Me llamo Caleb Wimsey y soy agente del
F. B. I.

Supongo que mi nombre la dice algo... pero, por si no lo recuerda, le diré que no hace veinticuatro horas me llamó usted traidor y cerdo...

—¡Oh!... —Fue todo lo que pudo replicar Gwinny.

—Bueno; espero que me explique qué ocurrió en casa de Lauredi. La vi entrar en ella y decidí esperarme a ver qué pasaba. Supongo que se alegrará de mi idea...

—Es la más brillante que jamás se le haya ocurrido a nadie —murmuró ella—. Y en vista de los acontecimientos, retiro lo de cerdo, aunque siento no poder hacer lo mismo con lo de traidor. ¿Sabe que Lauredi mató al profesor?

—¿Qué? —preguntó Caleb, con un aullido que debió de oírse en la otra orilla del lago.

—Yo lo descubrí y por eso quiso matarme —repuso ella, satisfecha del efecto de sus palabras.

A continuación refirió a Caleb lo ocurrido en el chalet del químico, hasta que se encontró en el automóvil maniatada.

Caleb lanzó una corta risita y ella le miró como si estuviese loco.

—¡Y pensar que llevo en el bolsillo una muestra de la escritura de Lauredi! —dijo él al fin—. Lo hubiéramos descubierto de todas formas, pero usted se nos anticipó.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—El profesor debió sorprenderle robando la caja para sacar de ella las anotaciones referentes a la investigación que estaban efectuando —repuso Caleb—. Lauredi no esperaba aquella interrupción y no tuvo más remedio que matarle. Esto nos trae nuevos problemas.

—¿Cuáles?

—Averiguar qué ha hecho Lauredi con la copia que sacó de aquellos datos. No se mata a una persona, ni se corre el riesgo de tostarse en la «silla», sólo para obtener un recuerdo de los trabajos realizados.

—¿Qué opina usted?

—Particularmente creo que Lauredi necesitaba dinero y encontró una manera de conseguirlo. Pero quizá la cosa no sea tan sencilla y estemos al comienzo de un nuevo lío, semejante al de la bomba atómica, descubierto hace tres años por Víctor Krawchenco.

—Supongo que ahora creará usted en la inocencia de mi hermano, ¿no es así? —preguntó ella, entre irónica y risueña.

Caleb se rascó la cabeza. Se encontraban debajo de un pino. La lluvia hacía cesado y la luna había conseguido romper el cendal de nubes, aunque no librarse de su cerco amarillo, que tenía el aspecto de inmensas ojeras. Era una luna pálida y enfermiza, pero una luna, al fin, que rasgaba ligeramente las tinieblas y dejaba ver el camino.

—Me crea usted o no, le diré que nunca estuve convencido de que fuese culpable. Sobre todo después de que nos enteramos de que aquella llamada telefónica provenía de San Luis y no de Nueva Orleans. Eso olla a complot desde diez millas de distancia.

—Entonces, ¿por qué volvieron a detener a mi hermano?

—Yo no sabía aún la procedencia de la llamada telefónica, pero aunque lo hubiera sabido, lo habría hecho igual. Se trataba de restablecer el buen nombre de un compañero.

—Supongo que Bunter estará satisfecho de usted —repuso ella, cuando Caleb le refirió los motivos que tuvo para dejarla ir del laboratorio la noche anterior. Caleb observó complacido que no parecía haber rencor en sus palabras.

—Parece que ha dejado de llover —dijo—. Podíamos regresar a Chicago. Con un poco de suerte, esta misma noche Lauredi...

No acabó de completar la frase ni tampoco hizo falta. Ambos

salieron a la carretera y comenzaron a caminar por ella, con gran satisfacción de Caleb Wimsey, que se había quedado helado mientras permanecieron parados, charlando junto al acantilado.

Ella se dio cuenta de su temblor y se detuvo.

—Olga —le dijo—: hasta aquí hemos llegado, pero de aquí no pasamos sin que usted se ponga su gabardina.

—Pero... si le aseguro que me encuentro bien.

Gwinny no hizo caso de sus protestas, y lo mismo que él la había obligado a ella a ponerse la gabardina, le obligó ella a él a hacerlo. Luego se colgó de su brazo.

—Así está mejor —dijo, mirándole sonriente.

—Oiga, hermanita: ¿por qué no retira usted también lo de traidor? —preguntó el agente.

—Escuece, ¿eh?

Caleb afirmó.

—No debería de hacerlo, pero, en fin... —concedió ella.

—Le daré un beso si lo hace —prometió él, deteniéndose de nuevo.

—Bien. Lo retiro —afirmó ella—. Pero guárdese el beso...

Caleb sonrió y se inclinó sobre el rostro de la muchacha, que tenía un extraño aspecto a la luz de la luna, después de la odisea que había pasado. Gwinny sonrió también, de una manera tan adorable, que la mente de Caleb se llenó de ideas absurdas. Aquellas palabras y aquella sonrisa sólo podían expresar la aquiescencia de Gwinny...

De pronto, ésta retiró la cara.

—No lo hagas aún, Caleb. Es demasiado pronto —dijo—. Mañana la luna será un día más vieja, pero seguirá siendo la luna y estando ahí.

El lanzó un gruñido y asintió de mala gana.

La carretera se extendía ante ellos, ancha y lisa como la palma de la mano, reverberando en algunos sitios a la luz de la luna. Caleb se dio cuenta entonces de que había avanzado muy poco en su camino. Comenzaba a entrar en calor a causa del ejercicio y de la gabardina que llevaba puesta y se sentía casi alegre, llevando a su lado a la mujer que más le gustaba de Chicago.

Miró el reloj, pero se le había parado y se quedó con las ganas de saber la hora.

—No importa —murmuró.

—¿Qué es lo que no importa?

—La hora —repuso él—. Estando a tu lado, el tiempo se detiene para mí. ¿No es maravilloso este flechazo?

—Sí que lo es —convino Gwinny—, pero yo soy una chica respetable y debería estar ya en casita.

—Bueno. Yo no tengo la culpa de que estés aquí. Agradéceselo a Lauredi...

Un camino partía de la carretera, serpenteando entre dos prominencias del terreno que ni siquiera merecían el nombre de cerros. Fue al llegar a su altura cuando Caleb percibió la luz.

Debía de filtrarse a través de alguna ventana provista de visillos, porque apenas si era visible en la noche. Había que mirar muy bien en aquella dirección para distinguirla perfectamente. Sin embargo, a veces hería la retina con cierta intensidad.

—¿Qué te parece si nos acercamos? —preguntó Caleb—. No me desagrada la idea de acercarme a un buen fuego, ni de tomar algo. Mi estómago está desesperado.

—El mío está próximo al colapso —repuso ella, riendo—. Vamos.

Se adentraron por el camino, que resultó estar bastante bien cuidado. Estaba cubierto de gravilla, de forma que no había barro en él, aunque, en realidad, tenían tanto encima de su cuerpo que un poco más no les habría importado.

La casa estaba más cerca de lo que parecía desde la carretera y pudieron distinguir sus contornos apenas se acercaron a ella un cuarto de milla. El camino formaba una revuelta entre los dos cerros y, al tomarla, la luz desapareció de su vista.

Al fin llegaron a ella. Caleb había pasado su brazo derecho alrededor de la cintura de Gwinny, diciendo, a guisa de explicación:

—Es para ayudarte a caminar.

—No estoy cansada ahora —repuso ella—. Pero no importa.

La casa tenía un jardín alrededor, limitado por una verja de hierro, cuyos barrotes estaban empujados en una pequeña cerca de ladrillo. En la fachada no brillaba ninguna luz, pero si en una de las alas del edificio.

—Bueno; creo que debemos llamar —decidió Caleb.

Se acercó a la puerta del jardín, y estaba a punto de pulsar el

timbre, cuando algo le contuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gwinny.

—No lo sé aún... Ven.

Ambos se acercaron al bulto que había llamado la atención de Caleb. Era un automóvil y estaba estacionado debajo de los primeros árboles de un grupo que crecía junto a la casa, al lado de ella contrario a aquél en que brillaba la luz.

Caleb lo examinó con atención, mientras Gwinny le miraba, intrigada.

—No cabe duda —dijo aquél, al fin—. Es el de Lauredi...

—¿Estás seguro? —preguntó la muchacha, apretándose medrosamente contra él, sabiendo lo que significaba aquel hallazgo.

—Completamente. Lo reconocería entre mil. Apenas si circulan ya coches de este modelo.

—Eso quiere decir...

—Que Lauredi está ahí dentro. Y si está ahí... me gustaría saber lo que está haciendo.

—No sé cómo... —comenzó a decir Gwinny.

El reflejo de los faros de un «auto», sobresaliendo por encima de las lomas, la interrumpió.

—Viene hacia aquí —dijo Caleb.

Se ocultaron entre los árboles. Había transcurrido escasamente un segundo, cuando un automóvil apareció en el camino, iluminando la casa con sus potentes faros. También iluminó el coche de Lauredi al tomar la vuelta para detenerse ante la puerta de la casa.

Apenas lo hubo hecho, se apagaron los faros y se encendió la luz en su interior. Un hombre voluminoso, con una abundante cabellera encima del cráneo y pobladas cejas, se inclinó hacia el conductor, dándole, al parecer, algunas órdenes, cuyo eco no llegó hasta Caleb y la muchacha, que presenciaban la escena ocultos entre los árboles.

Luego, aquel hombre se apeó del automóvil y empujó la puerta del jardín, avanzando por el sendero hacia la casa, cuya puerta abrió con una llave que sacó del bolsillo.

El chofer, a su vez, dio la vuelta al edificio con el coche. Caleb se apartó de la muchacha, volviendo escasamente un minuto más tarde, encontrándola medio muerta de miedo.

—Ven conmigo.

—¿Adónde vamos?

—He descubierto la manera de entrar en la casa.

—Oye, Caleb...; ¿no te parece mejor que sigamos... hacia Chicago?

—Ahora, menos que nunca. ¿Has visto ese individuo con cara de oso que acaba de apearse del coche?

—Sí. Es horrible... Pero no comprendo...

—Es el hombre que llamó a tu hermano desde San Luis la noche que asesinaron al profesor Fantiman... Y Lauredi está ahí, también. Ata cabos, si puedes...

—¡Oh Caleb!... No puedo. Me da dolor de cabeza pensar lo que puede salir de esa combinación...

—Pues enseguida vamos a verlo. ¿Vienes, o prefieres esperarme aquí?

Se alejó de los árboles. Gwinny echó a correr tras él, colgándose de su brazo. Era una muchacha valerosa, pero por nada del mundo hubiese permanecido sola en las tinieblas, cerca de aquella casa después de saber lo que sabía.

X

LA CASA SOLITARIA



O tardó en saber Gwinny cuál era el medio de que iba a valerse Caleb para entrar en la finca.

En la parte posterior de la verja que rodeaba el jardín se abría una ancha puerta, que daba paso a un camino que conducía al garaje.

En aquel momento el coche estaba llegando a éste y Caleb, sin la menor vacilación, se introdujo por la amplia puerta del jardín, seguido por la muchacha.

En el garaje, el motor del automóvil se detuvo con un último ronroneo. Caleb empujó a la muchacha detrás de un seto,

aplastándose ambos detrás de él. A sus oídos llegó bien distinto el ruido de la portezuela del coche al cerrarse y luego los pasos del chofer sobre la grava, dirigiéndose a cerrar la puerta del jardín.

Caleb presionó suavemente el brazo de Gwinny. Luego se alzó lentamente detrás del seto y avanzó hacia el confiado chofer sin producir el menor ruido. El rechinar, producido por la enorme puerta de hierro al girar sobre sus goznes, contribuyó también a que el hombre no se diese cuenta de lo que se le venía encima.

La primera noticia de ello la tuvo cuando sintió desplazarse la gorra de su cabeza al suelo, a causa de un manotazo de Caleb, pero antes de que pudiera volverse por completo hacia él, la culata de la pistola del agente entró en contacto con su occipucio y sus rodillas se doblaron. Sus manos se asieron fuertemente a los barrotes de la puerta, pero al fin los soltó y cayó al suelo, junto a ella.

Caleb lo cogió del cuello del uniforme, sin la menor delicadeza y lo arrastró hasta el garaje, acelerando su marcha en la última parte, al atravesar una zona iluminada por la luz que se Escapaba a través de la puerta abierta del garaje.

Una vez dentro de éste, sus manos recorrieron «amorosamente» el cuerpo del inanimado chofer, sacándole un pequeño «Derringer» del bolsillo posterior del pantalón. Luego lo ató a conciencia con un trozo de cuerda y un tubo de goma y lo tiró dentro del automóvil, sin preocuparse de la incómoda postura en que había quedado.

Huelga decir que Gwinny se había unido a él en cuanto lo vio entrar en el garaje y había presenciado todas sus maniobras en silencio, sonriendo para animarla. Cuando terminó la faena, Caleb se volvió hacia ella, alargándole el revólver que había quitado al conductor.

—Toma. ¿Sabes usarlo?

—No lo he hecho nunca —repuso ella, con un gesto de duda.

—Es muy sencillo. No tienes más que apretar el gatillo, procurando apuntar bien. El arma hace todo lo demás.

De repente se echó a reír.

—Oye, Gwinny —dijo—: ¿qué tal seríamos recibidos en un baile de gala según estamos?

Hasta aquel momento no habían podido darse cuenta del deplorable estado en que se encontraban. Aparte de que sus

vestiduras estaban llenas de barro y agua, y sus cabellos revueltos, la chaqueta de Caleb colgaba de los hombros de la muchacha, que había tenido que recogerse las mangas, para poder sacar las manos de ellas. A pesar de ello y de la situación en que se encontraban, Gwinny respondió a la risa de Caleb con otra, que él cortó, poniéndole una mano sobre la boca.

—¡Chis! No te rías así, o todos los habitantes de la casa se lanzarán sobre nosotros.

—Supongo que ahora que me estás viendo no sentirás el menor deseo de besarme, ¿eh, Caleb? La oscuridad hace milagros.

Por toda respuesta, él se inclinó hacia la muchacha y le rozó los labios ligeramente con los suyos, sin que ella hiciera el menor movimiento por evitarlo.

—Ahora, a la lucha —dijo.

En el fondo del garaje había cuatro escalones, al final de los cuales se abría una puerta. Caleb la empujó y avanzó decididamente. Gwinny le siguió. Ahora no sentía miedo. Tenía una confianza ilimitada en Caleb y estaba segura de que éste sabría salir maravillosamente bien de todos los apuros que se presentasen.

La puerta desembocaba en un corto pasillo, al final del cual había otra, a través de la cual llegó hasta ellos el tintineo de algunos vasos y cucharas y un embriagador aroma a café, recién hecho.

Ambos se miraron. Caleb se pasó la lengua por los labios y avanzaron hacia la puerta.

Una voz inquirió desde la cocina:

—¿Eres tú, James?

Caleb se detuvo. Sin duda alguna, el individuo que trajinaba al otro lado de la puerta había oído el rumor de sus pasos. Había que actuar rápidamente.

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta de un tirón. Un hombre de fornido aspecto, con aspecto de criado, se ocupaba en colocar en una bandeja algunos vasos y un plato con pastas. Se volvió hacia la puerta y permaneció inmóvil al ver a Caleb aparecer en ella, pistola en mano.

—Ni una voz —avisó éste—. Levante las manos. Vamos, aprisa.

El hombre obedeció. Caleb ojeó rápidamente la cocina. En uno de sus testeros se abría una puerta, que supuso sería la de la

despensa, y la señaló con el arma.

—Métase ahí.

El individuo avanzó hacia la puerta. Los ojos de Caleb estaban fijos en él, dispuesto a cortar de raíz cualquier intento de rebelión, aunque en su fuero interno se estaba preguntando si no se estaba excediendo.

Al fin y al cabo se encontraba en casa ajena, haciendo fechorías a diestro y siniestro tan sólo porque John Lauredi se encontraba en ella. Pero ya estaba lanzado y por nada del mundo se volvería atrás.

El individuo aquél vestía como un mayordomo, pero su aspecto tenía poco de tal. Cuando estuvo junto a la puerta, Caleb le pasó la mano rápidamente por el cuerpo, sacándole una aplastada pistola «F. N.», calibre 9, del bolsillo posterior del chaquet.

Un golpe bien aplicado en la cabeza del seudomayordomo, dejó a éste dispuesto para ser encerrado en la despensa. Antes de que llegase a caer al suelo, Caleb le empujó dentro de ella, cerrando la puerta por fuera con una doble vuelta de llave y tirando ésta a un rincón.

—Aquí todo el mundo va armado —gruñó, volviéndose hacia Gwinny, que se ocupaba tranquilamente en escanciar café y leche en dos vasos—. Y a medida que avanzamos, el calibre de las armas va siendo mayor. Si conseguimos llegar a la terraza, quizá encontremos un cañón del diez y medio.

—¿Quieres más leche o está bien así?

—Basta. El café es lo único para mantener los nervios en tensión, y seguramente vamos a necesitarlo. Alárgame las pastas.

En cinco minutos apuraron el café y dejaron el plato de las pastas completamente limpio. Los dos se miraron, satisfechos.

—Un cigarrillo sería un digno remate de ésta orgía —confesó Caleb—, pero no lo tengo, y aunque lo tuviera, no me serviría de nada. El deber impone a veces estos sacrificios. Claro que... —Se acercó a la muchacha, y antes de que se diera cuenta, la besó de nuevo en los labios—. Esto es mejor que un cigarrillo.

El pasillo que habían seguido se prolongaba un par de yardas más allá de la cocina, para terminar en un pequeño «*hall*», bien amueblado y débilmente iluminado. A su izquierda arrancaba una escalera, bastante ancha y cubierta por una gruesa alfombra. De arriba llegó hasta ellos un rumor de conversación.

Caleb y Gwinny se aventuraron por la escalera. Al llegar al primer descansillo, ésta se dividía en dos ramas, las cuales ascendían al segundo, piso. Igual daba subir por una que por otra. Ellos lo hicieron por la de la derecha, encontrándose en un espacio de iguales dimensiones que el «hall» de abajo, provisto de una escalerilla de madera, que caía sobre el tramo central de la escalera.

Una de las puertas estaba entreabierta y por ella se filtraba un rayo de luz acompañado de ruido de voces, que llegaban a sus oídos casi perfectamente audibles.

Una de ellas era la de John Lauredi. Ambos la reconocieron enseguida. Hablaba en tono excitado, exasperado ante lo que parecía ser una negativa de su interlocutor, que no podía ser otro que el individuo que acababa de llegar.

Se acercaron a la puerta extremando sus precauciones, aunque el piso estaba cubierto por una gruesa alfombra que hacía poco probable el que fueran oídos.

Al llegar junto a ella, las palabras se hicieron bien audibles y ambos escucharon la conversación que sostenían los dos individuos al otro lado de la puerta:

—A pesar de todo, no debía de haber venido aquí... Es una locura...

—Tiene que darme ese dinero, Pritchard —decía Lauredi—. Fue lo convenido, y yo lo necesito.

—Le estoy diciendo a usted que tendrá que esperar. De momento no lo tengo...

—Pero a mí me urge —insistió Lauredi—. Tengo que salir de Chicago inmediatamente. En cuanto se den cuenta de la desaparición de la Dormer...

—Lo siento mucho, pero no puedo decir otra cosa. No tendré los cincuenta mil hasta dentro de tres o cuatro días. ¿Por qué no hace una cosa? Márchese y telegráfeme sus señas. Yo le enviaré el dinero.

John lanzó una risita de amargura:

—Si no le puedo sacar a usted el dinero estando presente, ¿cómo voy a poder hacerlo estando lejos de usted? No, Pritchard. Si yo me marchó, el dinero irá conmigo. ¿Por qué no me enseña la caja?

—Lo que hay en la caja es sólo de mi incumbencia.

—Y quizá de la mía también —insinuó Lauredi—.

Probablemente tendrá ahí las notas que en mala hora me presté a robar para usted —Caleb y Gwinny se miraron al oírle decir esto—. ¿Qué piensa hacer con ellas?

—Eso es cosa mía.

—Seguramente le sacaré buenos dólares, en tanto que a mí me ha despachado usted con cincuenta mil hasta la fecha. ¡Maldita sea la hora en que me presté a sus manejos!

—Haberlo pensado antes.

La voz de Pritchard era tranquila. No subía el tono a pesar de la visible excitación de Lauredi, y ello exasperaba más a éste.

—Fui un necio aceptando —dijo, excitado, el químico—. Claro que quizá aún tengan las cosas cierto arreglo. Si salgo de aquí sin el dinero, la Policía podría recibir una nota diciéndole dónde puede encontrar esas notitas... Imagínese el resultado.

León Pritchard sonrió, divertido.

—Esas amenazas en boca de usted son infantiles —repuso—. No fui yo, sino usted, quien mató a Fantiman y a esa muchacha.

La mano de Gwinny se cerró sobre la de Caleb al oír decir esto, como diciéndole: «Ahora ya lo sabes».

Caleb se dispuso a entrar en acción. Extendía ya el brazo hacia la puerta, cuando los muelles de un sillón resonaron escandalosamente dentro de la habitación, y la voz de Pritchard llegó a sus oídos, después de la blasfemia de Lauredi:

—Voy a ver si viene Logan con el café.

Caleb se hizo a un lado. La puerta se abrió de pronto y la enorme figura de oso de León Pritchard apareció en la puerta. Fue a dirigirse a la barandilla de la escalera, pero, de pronto, su rostro palideció al ver aparecer a su lado a Caleb y a Gwinny, que le encañonaban con sus armas.

—Vuelva dentro —conminó, secamente, Caleb—, pero con las manos en alto.

Pritchard le obedeció, demasiado sorprendido para poder siquiera hacer el menor movimiento ofensivo. Caleb le siguió, empujándole con el cañón de la pistola y Gwinny entró tras ellos, cerrando la puerta cuidadosamente.

Se encontraban en una amplia estancia, que, evidentemente, hacia las veces de despacho. Un alegre fuego ardía en la chimenea. Lauredi estaba sentado junto a ella, de cara a la puerta y se puso en

pie de un salto, lanzando una exclamación de sorpresa, al ver aparecer a Caleb y, sobre todo, a Gwinny, a quien creía muerta.

—Buenas noches, John —saludó, la muchacha, con rencor—. Otra vez que quiera darme un baño, elija otra hora.

Su macabro humorismo no hizo la menor impresión en Lauredi, que siguió con la mirada fija en ella, pálido como la muerte y ligeramente tembloroso.

—Siéntese a su lado —dijo Caleb a Pritchard, empujándole hacia Lauredi—. Buena pareja componen ustedes —continuó—. He de decirles, para su gobierno, que hemos escuchado toda la conversación sostenida por ustedes, así que no se molesten en negar nada.

Lauredi se derrumbó contra el respaldo del diván, con un gemido. Pritchard sonrió irónicamente y murmuró un «¡cobarde!», apenas audible.

Caleb paseó su vista por la estancia, mientras Gwinny se preguntaba cómo resolvería aquella situación.

—¿Hay teléfono en la casa? —preguntó a León.

—No —repuso éste, con la mayor tranquilidad—. Ha obtenido usted un triunfo, amigo, pero ¿qué va a hacer? Está usted en la misma situación que el que le toca un elefante en una rifa y tiene una casa de tres habitaciones.

—Mi casa tiene más habitaciones, no se preocupe por mí —repuso Caleb—. A su debido tiempo quedará todo solucionado. —Pero antes quiero hacerles unas preguntas.

—Es inútil. No contestaremos sin estar delante nuestros abogados.

—De bastante le van a servir. Fue usted quien llamó a Dormer desde San Luis, ¿verdad, Pritchard?

Éste parpadeó ligeramente, pero no respondió. Sin embargo, Lauredi lo hizo por él:

—Sí. Él fue quien llamó y él ha sido quien ha organizado este maldito asunto desde el principio al fin. Ignoro para quién trabaja, pero fue él quien me incitó a robar las anotaciones de Fantiman sobre la bomba de hidrógeno, ofreciéndome cien mil dólares por hacerlo.

—¿Por qué aceptó usted?

—Necesitaba dinero a toda costa —repuso Lauredi, y Caleb miró

a la muchacha significativamente. Sus suposiciones habían sido acertadas—. Por eso lo hice. ¡Maldita sea!... Si el profesor no me hubiera sorprendido, todo hubiese salido bien —se lamentó.

No sentía la muerte del profesor, para quien, seguramente, tenía muchos motivos de agradecimiento, sino que la presencia de aquél en el laboratorio le hubiera estropeado la combinación, y esto demostraba el encanallamiento a que había llegado.

Caleb se enfrentó con él:

—¿Para qué necesitaba el dinero? ¿Drogas... o mujeres, tal vez?

Lauredi no contestó, y el agente se encaró con Pritchard:

—¿Dónde guarda usted las notas que le entregó Lauredi?

Pritchard no contestó. Se limitó a sonreír, mirándole con sus cerdunos ojillos, brillando debajo de sus hirsutas cejas. Aquel hombre era peligroso. Caleb lo sabía muy bien. Tenía un exterior poderoso y amenazador, con su revuelta cabellera, sus pobladas cejas y sus manos grandes y velludas, pero más que esto evocaba el peligro la mirada de sus ojillos y la tranquilidad de que hacía gala.

Caleb repitió la pregunta. Pritchard replicó, desdeñoso:

—Averígüelo, pero no espere de mí la menor ayuda.

—Lo averiguaremos, no se preocupe —repuso Caleb, con suavidad—. Y será usted quien nos lo diga.

—Está listo, hermano.

—Quién está listo es usted. Le aseguro que tenemos medios para hacerle hablar.

—Ustedes no pueden emplear la violencia contra mí. La Constitución lo prohíbe... Soy un ciudadano americano y...

Caleb le cortó en seco:

—Usted es un bicho asquerosamente vil. ¿Cómo puede invocar la Constitución ni llamarse ciudadano americano cuando está vendiendo a su patria? ¡Marrano!... Ganas me dan de... Pero no se preocupe, amigo. Le va a costar cara la broma... ¡Quieto!

La última palabra fue un rugido causado por el lento movimiento de Pritchard hacia él, con los ojos peligrosamente entornados.

—Tiene usted miedo, ¿eh? —Gruñó el hombrón. Caleb no repuso directamente a su pregunta.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

Pritchard no respondió y Caleb agregó:

—Bien. Vamos a terminar esto cuanto antes. Gwinny, encañónalos tú y dale al dedito al menor movimiento.

Dejando a la muchacha frente a los dos hombres, Caleb, sin dejar de apuntarles, se situó a sus espaldas. Ambos volvieron la cabeza para ver lo que iba a hacer.

Lauredi fue el primero en recibir el golpe y cayó hacia un lado, con un ronquido siniestro, pero en esto Caleb cometió un error. Debíó de empezar por Pritchard, pero cuando lo comprendió, ya era tarde para rectificar.

Pritchard vió con el rabillo del ojo cómo John caía a su lado y se lanzó hacia adelante, antes de que Caleb pudiera descargar un segundo golpe contra él.

Gwinny apretó el gatillo, cerrando los ojos, al ver llegar lanzada aquella mole sobre ella, como disparada por un cañón, pero el proyectil fue a incrustarse en el respaldo del diván, murmurando junto a la oreja de Pritchard, y éste chocó contra ella, derribándola al suelo.

La muchacha permaneció tendida allí, conmocionada, pero el velludo individuo se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, exclamando:

—¡James!... ¡Logan!...

Llamaba al chofer y al mayordomo, sin saber que éstos ya no podrían acudir en su ayuda.

Caleb pasó como una exhalación junto a Gwinny, que trataba de incorporarse en el suelo, pero era obvio que no podría alcanzar a Pritchard antes de que éste consiguiese llegar a la puerta.

En vista de esto, no vaciló en disparar contra él, pero falló el disparo y el proyectil se alojó en la pared, haciendo caer esquirlas de yeso al suelo. León se volvió desde la puerta, disparando a su vez, y el revólver de Gwinny, ladrando desde el suelo, se unió a aquel concierto mortal.

Pritchard lanzó un grito de dolor y de un salto felino ganó la puerta, desapareciendo en el pasillo, pero Caleb, que ya le iba a los alcances, se tiró hacia él en un «plongeon» perfecto, asiéndole por la cintura con ambas manos, antes de que el gigante consiguiera ganar la escalera, y se entabló una lucha bestial entre los dos hombres.

Pritchard cayó de bruces al suelo, muy cerca de la escalera, con Caleb junto a él. Los dos hombres se levantaron casi al mismo

tiempo y permanecieron durante unos segundos midiéndose mutuamente con la mirada. El revólver de Caleb había caído rodando por la escalera. Fue Pritchard el que inició la lucha, lanzándose sobre él como un toro furioso.

El agente esquivó la acometida y los fuertes brazos de su adversario se cerraron en el aire, dando tiempo a Caleb a despojarse de la gabardina, para tener más libertad de movimientos.

Tenían aún la prenda en la mano, cuando León dio media vuelta sobre sí mismo, arrojándose de nuevo sobre él. La gabardina se estrelló contra su rostro, haciéndole lanzar una maldición. Caleb se acercó a él de un salto, y cuando Pritchard consiguió retirar la gabardina, que se había enroscado en su cuello, se encontró con un terrible puñetazo de su adversario, que le hizo retroceder tambaleándose.

Miró a su alrededor como una fiera acorralada. El hombro derecho de su chaqueta gris comenzaba a teñirse de rojo en el sitio en que había sido alcanzado por los disparos. Caleb se acercó de nuevo a él, para recibir un salvaje rodillazo en el estómago.

Le pareció que la casa se le venía encima, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo para retroceder dos pasos, evitando así que el puñetazo que siguió le alcanzase en el rostro. De todas formas, León quiso aprovechar su ventaja y se lanzó hacia la escalera, con intención de huir, pero en aquel momento, el pequeño revólver de Gwinny ladró de nuevo.

Pritchard se detuvo una fracción de segundo. Luego, en virtud de su propio esfuerzo, cayó de bruces, rodando escaleras abajo. Su enorme humanidad chocó contra los escalones con un ruido sordo, mientras Caleb le miraba desde arriba, sintiendo aún unas náuseas feroces. Al fin, el cuerpo de León Pritchard se detuvo en el descansillo, donde quedó inmóvil, en una postura grotesca.

Caleb se lanzó escaleras abajo, pero aún antes de llegar a él, se dio cuenta de que se había roto el cuello, pues de otra manera era imposible que pudiera tener la cabeza en aquella postura absurda, mirando casi a su espalda.

Gwinny le vio subir la escalera de nuevo, apoyada en la barandilla. Estaba pálida y temblorosa y avanzó, tambaleándose, hacia Caleb, sosteniendo aún el revólver en su mano.

—¿Está... muerto? —preguntó, con un hilo de voz.

El afirmó con la cabeza y llegó a tiempo justo de recibir en sus brazos a la muchacha, que se derrumbaba, destemplados ya los nervios que la habían mantenido derecha.

La condujo al despacho de Pritchard. Al llegar a la puerta notó que Lauredi no estaba allí. Depositó en un diván el cuerpo de Gwinny y miró a su alrededor. El balcón, abierto de par en par, le indicó el camino seguido por Lauredi para emprender la fuga. Se lanzó hacia él como una exhalación, y en aquel momento, el ruido de un motor al ser puesto en marcha, llegó a sus oídos.

Lauredi se escapaba. El ruido del motor se fue alejando, hasta ser inaudible. Volvió junto a Gwinny, que había vuelto en sí de su desmayo, y apresuró su reanimación, dándole un vaso de agua.

—¿Y John? —preguntó la muchacha.

—Se escapó mientras luchábamos con Pritchard —replicó él—. Pero no tardará en caer en nuestras manos.

Bajaron al garaje. Logan descargaba fuertes golpes sobre la puerta de la despensa. Caleb se entretuvo sólo el tiempo suficiente para dejarle dormido otro rato. En el coche de Pritchard, el chofer pataleaba, impotente, para librarse de las ligaduras.

Sin hacer el menor caso de él, Caleb abrió la puerta del jardín; luego se sentó al volante, con Gwinny al lado, y puso el coche en marcha, saliendo al camino.

Sabía que era inútil intentar siquiera la persecución de Lauredi. Éste debía de estar ya en la carretera, camino de Chicago; sin embargo, pisó a fondo el acelerador y el vehículo voló por el camino de gravilla.

Los faros iluminaban perfectamente el terreno en muchas yardas por delante de él. Tardaron dos minutos en llegar a la carretera, y, en el momento en que iban a desembocar en ella, un grito de Gwinny le hizo detener el coche.

—Mira, Caleb... mira...

Él también lo había visto, porque las luces del coche lo iluminaban perfectamente. El coche de Lauredi marchaba delante de ellos, por el camino que terminaba en el acantilado.

—No comprendo por qué no ha seguido por la carretera —murmuró Caleb.

Pisó de nuevo el acelerador y se lanzó hacia adelante, sin dejar de iluminar el coche de Lauredi con los faros del suyo. La distancia

entre ambos se reducía paulatinamente y Caleb esperaba el momento en que el químico se viese obligado a abandonar el coche, pues el camino estaba cortado por el despeñadero, pocas yardas más allá.

De pronto, el anticuado «Cadillac» del químico aumentó su velocidad, de tal forma, que Caleb a poco le pierde con el foco de luz.

—No comprendo... —murmuró. De pronto se dio cuenta de lo que Lauredi pretendía hacer, y exclamó—: ¡Ese hombre está loco! Va derecho a...

Una exclamación de terror de Gwinny le interrumpió. El automóvil que les precedía, lanzado a toda velocidad, se precipitó por el acantilado. Durante una décima de segundo se mantuvo al mismo nivel que el borde de éste, sostenido por su propia velocidad. Luego cayó casi a plomo en la negrura del barranco.

Ambos se arrojaron del coche y se acercaron corriendo al borde del acantilado, pero no pudieron ver nada. Las aguas, siniestramente negras e inmóviles del lago, se habían cerrado sobre su presa. Nunca sabrían si Lauredi se había lanzado a él por su propia determinación o lo había hecho sin saber que aquel camino le llevaba fatalmente a la muerte.

Gwinny comenzó a sollozar mansamente. Aquello significaba el fin de la aventura. Caleb la atrajo hacia sí, besándola en los cabellos repetidas veces.

Ella se refugió en su pecho, levantando el rostro hacia él. La pálida luz de la luna reveló a Caleb que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No llores, Gwinny —le dijo—. Todo ha terminado ya...

Los labios de la muchacha se le ofrecían temblorosos y tentadores. Caleb se inclinó sobre ellos, besándolos amorosamente. Los brazos de Gwinny se ciñeron en torno a su cuello.

Durante largo rato sus bocas permanecieron unidas, sin que ella hiciese el menor comentario acerca de la luna. Luego deshicieron el abrazo y lentamente regresaron al coche, sin hablar, sumidos cada uno en sus pensamientos.

Al abrir la portezuela, Caleb comenzó a silbar satisfecho y se sentó al volante. Gwinny sonrió y se acurrucó a su lado, pero hasta que estuvieron en la carretera, Caleb no la atrajo hacia él con el

brazo derecho, conduciendo lentamente el coche hacia Chicago sólo con una mano.



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Dario FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.

1.º CENTENARIO TRIUNFAL del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebra cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hace partícipe del éxito a sus lectores asiduos,
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

Título: **YO, DIRECTOR del F. B. I.**

Autor: **ALF MANZ**

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLE-
TA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.,
JOHN EDGAR HOOVER, DES-
CRIBIENDOSE FIEL Y EMOTI-
VAMENTE EL FUNCIONAMIE-
TO INTERNO DEL F. B. I.

ADQUIERA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

EDITORIAL ROLLAN

En su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras inéditas de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS de HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en «offset» a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO PESETAS.

OBRAS PUBLICADAS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO,
por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO, EL INCOMPRENDIDO,
7. BODA Y JALEO DE ARACENA,
por Camilo José Cela.
por Mario Fernández-Florez.

De venta en los buenos quioscos y librerías.

SUSCRIPCIONES a

EDITORIAL ROLLAN - SAN BERNARDO, 68 - MADRID

PROXIMO NUMERO DE LA COLECCION

F. B. I.

CIUDAD VERTICAL

Jamás se ha escrito una novela de trama argumental tan interesante. Es un relato que cautivará al lector desde la primera línea, haciéndole saborear las escalofriantes aventuras del protagonista, un hombre a la deriva en la inmensa ciudad de los rascacielos. El autor, considerado en América como uno de los mejores, es

DANA YONELL

Plas. 5

